

PACO IGNACIO TAIBO II

DE PASO



Mexico, años veinte. Sebastián San Vicente, un anarquista asturiano recorre los medios obreros, sembrando la semilla de la rebelión a su paso

Oculto tras diferentes nombres, acaba convirtiéndose en una obsesión para las autoridades mexicanas.

Tras su tercera expulsión del país, desaparece sin dejar rastro.

Paco Ignacio Taibo II

DE PASO

Edición digital: C Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Paco Ignacio Taibo II
DE PASO



De paso
Paco Ignacio Taibo II

Para Benito y Carlos, indispensables carnales.

*Para Astor Piazzola, al bandoneón,
y GerryMulligan, al saxo barítono,
que con Years of solitude»
le pusieron música durante dos meses a esta historia.*

«Quizá el tiempo tenga para ti una resonancia distinta, como
una constante permanencia del pasado en lo presente,
cualquiera que sea éste.»

Joel James

«No hay nada mejor que encontrarse en el barco cuando
llega el naufragio.»

Benito Taibo

NOTA DEL AUTOR

Muchas de las historias que aquí se cuentan están basadas fielmente en documentos originales: actas de congresos, reportes policiacos, informes de agentes confidenciales extranjeros, notas de participantes, memorias de testigos, artículos de periódicos sindicales, revistas, diarios nacionales.

Difícilmente podría decirse que esto es una novela.

OTRA NOTA DEL AUTOR

La enorme mayoría de lo que aquí se cuenta está construido a partir de la imaginación del autor, de sus personales y nada confiables versiones acerca de los sucesos que ocurrieron en Tampico, Atlixco, Veracruz y la ciudad de México entre 1920 y 1923; la información documental sólo constituye la infraestructura sobre la que se alza la ficción.

Difícilmente podría decirse que nos encontramos ante un texto testimonial; obviamente, esto es una novela.

UNA ÚLTIMA NOTA DEL AUTOR

¿Qué demonios es una novela?

Uno

Conf. Greene a Hoover. SICT 23011. Ref 1023. San Antonio. Retrans Nueva Orleans. Rept conf. Agosto 18, 1920.

Noticias San Vicente envuelto invest atentado presidente Wilson. Visto N. Orleans 16 julio prox pasado compañía José Rubio (ref 1027). Ambos conexión anarquistas grupo sede Tampa-Florida. Obreros tabaqueros origen cubano. Particularmente contacto Mateo Vega o Vegas o Vigas (ref 1927/11). San Vicente probablemente salió país, intenta salir, saldrá pronto. Exp ref actividades IW costa este. Investigación en curso. San Vicente condenado deportación, pero pendiente juicio paralelo tribunal federal atentado. Sigue ampliación. Dolly.

Conf. Hoover a Greene a Dolly. Copia urgente Chester y Wilcox. Washington. Conf rept. SICT 23118. Ref 1023 y 1027. Agosto 20, 1920.

Liberen prioridad capturas San Vicente-Rubio. Impídase salida del país. Seguimiento caso contrario. Autorización límite México, Cuba, Canadá. Máximo seis agentes base a cargo misma. Hoover.

Conf Baxter a Dolly. Retrans Dolly a Hoover. SICT 24911. Ref 1023 y 1027. Septiembre 2, 1920.

Localizados San Vicente, Rubio. Rumores situábanlos N. Orleans. Pista falsa generada ellos mismos. Intentan pasar frontera México por Del Río, Texas. Agente en seguimiento con cobertura. Baxter.

Conf. Lyman a Hoover. SICT 25013. Ref 1023 y 1027. Septiembre 6, 1920.

En Nueva York rumores medios anarquistas ubican en ésta disponiéndose salida al extranjero Rubio, San Vicente. Imposible confirmación. Extrémese vigilancia portuaria. Lyman.

Conf. Dooly a Hoover. San Antonio retrans. SICT 25819 - Ref 1023. Septiembre 7, 1920.

Calvert herido pie contrabandistas Del Río, Texas. Pista San Vicente falsa. Se abandona investigación esta base. Disculpas. Baxter.

Conf. Hoover a Greene. Boletín General. Ref 1023 y 1027. SICT 25910. Septiembre 9, 1920.

Investigación generada Nueva York prueba no intervención San Vicente-Rubio asunto Wilson. Persiste sin embargo interés captura para ejercer deportación vía Cuba donde tienen proceso pendiente asesinato policía La Habana. Sostener prioridad. Posibilidades máximas costa sureste. Hoover.

Conf. Chester a Dolly. Natural. Ref 1023 y 1027. Septiembre 12, 1920.

Lyman sacado por remolcador bahía. Asegura arrojado al mar buque alemán mercante por San Vicente al que localizó entre el pasaje. Lyman pulmonía grave causa 11 horas en el agua. Buque San Vicente escalas México, Habana, Panamá. Estado Lyman impide ampliar información. A veces dice San Vicente autor, a veces culpa Leo Bruce, primo suyo. Sugiero esta información sea manejada cautela. Chester.

Dos

¿A México? —le pregunté a Sebastián San Vicente 65 años después.

—¿Por qué cojones no?

—No va a encontrar la revolución allí, San Vicente, el país en 1920 estaba gastado de tanta lucha armada, tantos muertos, tantas promesas incumplidas. Ni siquiera había una organización sindical anarquista, aunque habría de nacer la CGT en unos cuantos meses.

—No necesito ninguna revolución esperándome. La revolución la trae uno dentro, y la va llevando de un lado a otro. Es como el equipaje.

—Eso suena como un cuplé.

Eso es, ni más ni menos —dijo sonriendo, y desapareció por el puente del *Seawolf* cubierto por el fino rocío del agua que producía la marejada al estrellarse contra la cubierta. Desapareció iniciando esta historia. Yo me quedé en mi casa de la ciudad de México 65 años mas tarde, contemplando los brillos de la noche en la ventana. Lo único que me molestaba es que, en 1920, faltaban 29 años para que yo naciera.

Tres

Me había dicho que ese día cumplía 16 años, que tenía ya la edad de un hombre. No me hice maldito caso. Me fui al muelle para ver a las personas bajar de los barcos. Todo el camino fui sabiendo que iba al puerto y no importaba que cerrara los ojos, porque nunca me perdería, porque con la pura nariz yo iba a llegar siguiendo el olor de la grasa rancia, de los desperdicios, del sudor, las fritangas. Y si no podía oler, podía oír, porque aquella brisa también traía ruidos: los motores de las grúas, los engranes chillando, la música tristona de «El Tropical», un bar de putas. La brisa traía muchas cosas ese día, porque no todas las veces uno cumple 16 años y es grande, incontenible dentro del overol de trabajo gris y bajo el sombrero de palma que un viejo me regaló, porque otro viejo se lo regaló cuando era joven. La brisa olía a dólares, billetes de tinta verde y fresca, billetes relucientes, de los que yo no tenía; y la brisa olía a petróleo, porque todo Tampico huele a petróleo, y la brisa sonaba a un bolero romántico.

De esos sonidos, de esos olores que recuerdo, pienso que yo entonces sabía que iba al puerto a ver barcos en los que no habría de irme. Esos olores me hacen pensar que Tampico ha cambiado, que ya no huele a dólar. Pero entonces no pensaba así, ni siquiera podía llegar a imaginar que los sombreros de palma serían mucho mejores de los que hacen ahora.

Pero ese día el olor estaba ahí y yo estaba con él, y el olor a brisa de mar, a grasa rancia, a petróleo y a dólares se descolgaba de las palmeras, bajaba por los muros de las casas blancas y parecía un poco manchado de sol.

Estaban desembarcando del *Morro Castle*, un vaporcito coquetón de la Ward Line y del Seaway que hacía ruta desde Nueva York a Tampico antes de seguir viaje a Veracruz y luego hasta Panamá para volver por La Habana y Nueva Orleans. La pasarela estaba tendida, y al pie, en un escritorio plegable, los agentes de la policía sellaban pasaportes y recogían hábiles (magos, prestidigitadores) los billetes de las pequeñas mordidas tributo al dios que gobierna aquí. Los curas de la iglesia del señor de las mordidas me miraron de reojo, porque no gustan los intrusos en el ritual de sacarle plata a los extranjeros; era un trato privado entre ellos y los extranjeros, como de puta y cliente, sin mirones. Yo me reía con esa cara de «hay pa'todos» que también y tan rápido se entiende entre gitanos, e hice el gesto de que venía a cargar maletas gordas por propinas chicas si dios me ayudaba; y si no, también; porque de dios, yo entonces muy poco, y ahora nada.

Pero yo no iba a cargar maletas por centavos; esas cosas no se hacen el día que uno cumple 16 años. Yo iba a ver hombres que venían de otros países y a contemplar los vestidos floreados de las mujeres y las sombrillas, y con un poco de suerte los uniformes de un marinero alemán, o un chaleco blanco de tahúr gringo que venía a darle ánimos a las casas de juego que los chinos habían montado en Tampico en ese año; o venía a ver a un negro, porque hacía mucho que

no veía negros, o a lo mejor a un grupo musical cubano que tocaría en el Hotel Inglés. Yo pensaba que no venía por limosna.

Ahora sé que sí venía por limosna, limosna de ojos, de sensaciones, limosnear de sueños, que es algo que hacía entonces y sigo haciendo muchos años más tarde. Nomás que las cosas no se presentaron así. Porque el tercer hombre en bajar la pasarela se me quedó mirando fijamente y me dijo:

—¿Se puede confiar en ti?

—No —le respondí.

—Vaya —dijo, y se echó a caminar.

Supongo que lo que me ganó es que no intentó convencerme, que no trató de comprarme, que a lo mejor adivinó que yo tenía 16 años y no estaba pidiendo permiso para vivir... eso, y el chaleco blanco. Le dejé caminar una docena de pasos y lo alcancé. Él me estaba esperando. ¿Cómo lo sabía?

—La solidaridad, amigo, la solidaridad no se compra. Yo apelé a ti y tú respondiste, eso es todo —me dijo un año después cuando estábamos al pie de otro barco.

Nos quedamos mirando un instante. Luego preguntó.

—¿Me puedes llevar con los compañeros? ¿Hay organización anarquista en Tampico?

—¿Va a ir vestido de currutaco?

—No tengo otro traje, amigo —y era cierto, traía la ropa

puesta y una pequeña bolsa de mano, a la que daba forma algún instrumento de metal, una pistola, me dije. Luego habría de conocer el contenido de la bolsa y descubrir un prosaico juego de llaves de tuercas y otras herramientas de mecánico.

Yo eché a caminar por las calles sin esperarlo. Yo tenía 16 años, y era un guía, no un acompañante. El hombre tomó rápido mi paso danzarín. Torcimos por el puente y nos fuimos para la Casa del Obrero Mundial. Todos en Tampico conocíamos la Casa, yo también como el que más. Como muchos había aprendido a leer en *El Pequeño Grande*, y muchas veces repartí periódicos para el viejo Gudiño, o con los de la Federación Local. Sabía de memoria «Grito Rojo» y lo recitaba en los festivales; conocía la marsellesa anarquista, y a veces les escribía manifiestos a los carpinteros (siempre y cuando ellos dictaran, claro). Yo era el hijo de *El Rojo* y, raro para aquellos tiempos, de madre desconocida. Ahora pienso que lo común es ser de padre desconocido, pero no era mi caso. Yo era hijo de El Rojo, y madre nunca supe y además nunca pregunté. Al Rojo le decían «el Rojo» por tener el pelo rojo y no por anarquista, pero yo iba juntando una fama con otra.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó el recién llegado.

—Pablo El Rojito me llamaba. Porque ahora cumpla 16 años y me llamo Pablo a secas.

—Ta'bueno —dijo y se me quedó mirando. Luego me tendió la mano—. Sebastián San Vicente es mi nombre. Ése

vuelve a ser mi nombre aquí —me dijo. La estreché con fuerza, y si ahora digo que salieron chispitas es porque ahora el tiempo ya pasó y no quiero que esas cosas se olviden, nunca se olviden, se queden en el cajón de los recuerdos marcadas para siempre. Porque el cajón de los recuerdos se llena de mierdecita al paso del tiempo y hay cosas que hay que señalar con un lápiz rojo para que no se borren.

Ésa fue la primera vez que estreché la mano del mejor amigo que he tenido en la vida. Tampico olía a petróleo, hacía sol, brillaba el sol, la brisa empujaba olor de dólares verdes por las calles y yo había conocido a Sebastián San Vicente.

En el local no había nadie y nos sentamos en la banqueta a esperar. Dos borrachos se sentaron con nosotros para hacer multitud y cantaban: «Tampico hermoso/ puerto tropical/ tú eres la gloria de todo nuestro país/ y por doquiera yo de ti me he de acordar.»

Y repetían: «¡meee heee de acooordaaar!»

San Vicente era pulcro y muy maniático en cuestiones de higiene, se lavaba las manos dos, tres, seis, ocho o diez veces diarias; decía que para esconder la grasa y las manchas de carbón que había adquirido cuando trabajaba como mecánico en los barcos. Ése fue uno de los muchos datos sueltos que poco a poco fui adquiriendo sobre su vida.

Las cosas cambiaron cuando conocí a San Vicente. Yo solía trabajar en muchos sitios, por dinero suelto aquí y allá.

Repartía ropa de las lavanderías, oficiaba de alcahuete de un par de putas jarochoas que me dejaban dormir en el

porche de su casa en el verano; ayudaba a Cosme, un tendero gachupín, a engordar botellas de habanero (dos por una y no le digas a nadie, la mitad de habanero auténtico, la mitad de una mezcla de alcohol y caña quemada), con lo que podía dormir sobre el mostrador de La Vencedora en invierno, escapando de las ratas y leyendo el periódico en las noches antes de que Cosme lo usara para envolver. Trabajaba de ayudante de tipógrafo, movía las masas de plomo compuestas a la mesa de formación, llenaba las columnas y prensaba a mano el papel, barría el piso. Bueno, para decirlo de una vez, desde hacía dos años, cuando el Rojo se murió en el accidente de la caldera No. 3, había perdido mi oficio de hijo y no tenía uno nuevo.

San Vicente me dio un oficio. Él sabía que no se puede vivir como hombre si no se tiene un oficio. Y él me dio dos: de mecánico y de incendiario. Como mecánico era hábil, le hablaba a los motores en su idioma mientras los arreglaba, les susurraba cosas. Luego descubriría que les recitaba fragmentos de las obras de Malatesta y Bakunin mientras los iba afinando, precisando, ajustando, hasta lograr el ronroneo indicado, perfecto, en el que la máquina funcionaba sin desgaste, sin desajuste. Él me enseñó ese oficio. Y mientras hablaba de motores, cuando no hablaba con los motores, me contaba la historia de la humanidad según Reclús. Me iba describiendo los feudos y las tribus, los reyes y el surgimiento del capital. Me contaba la historia de la Comuna de París como si hubiera estado allí. Me hablaba de Barcelona la Roja y de los mártires del Primero de mayo en Chicago. De Louis Lingg que se voló el rostro con un cigarrillo que tenía explosivos antes de permitir que lo

llevaran a la horca; de Óscar Neebe que, cuando supo que tan sólo lo condenaban a 15 años y no compartiría la suerte de sus compañeros, le gritó al juez: «¡Ahorcadme con ellos!»

Y acompañados por su voz, desfilaban países, hombres. Y todo lo que me rodeaba se completaba con la visión de otros ojos, que apenas acababa de comprender como míos.

Yo había oído antes esa voz gruesa, de obra teatral que sale ronca del pulmón: la voz de la rebelión; había voceado sus periódicos, había estado en alguna asamblea, había visto a los obreros del petróleo, rechinando por la injusticia descarada de las compañías inglesas, gringas y holandesas; había visto la miseria de nuestros barrios. Había escuchado la voz, pero no había recibido en el rostro, como una bofetada, el llamado de la rebelión. Esa idea que va creciendo dentro de uno y abriendo surcos en la piel, proponiendo la aventura suprema, platicando suavemente en el oído en nombre del destino.

No era un buen orador. En las asambleas públicas no hacía buen papel, no calentaba la sangre de los trabajadores que se reunían en los salones de la Casa del Obrero Mundial. Era de otro estilo. Cuando llevaba menos de mes y medio en Tampico, se había organizado con algunos trabajadores de la Local Comunista. Con los más duros, con los más escépticos, los más aventados, los más cueros-correos ante la patronal, los intransigentes. No más de una docena. Todos ellos con mirada afiebrada, reluciente.

Nos fuimos a vivir juntos en una casa sobre el río Pánuco que estaba abandonada. Hicimos un poco de carpintería y

dormíamos en el suelo, lado a lado, mirando el cielo a través de los agujeros en el techo.

Un día llegó con Greta. Era una puta alemana, que yo había visto en los Salones Imperial, bebiendo con capataces gringos de las compañías, fina ella, distante de la plebe, siempre vestida de gasas y tules de color pastel.

San Vicente la trajo a nuestra casa y ella sonrió. No hablaba más que unas palabras en español. Ellos hablaban en francés entre sí. Supongo que ella le contaba su historia, cosa que, hasta donde mi experiencia da, siempre hacen las putas durante los dos o tres primeros meses de conocerte. Él le hablaría de otras cosas.

Hacíamos gimnasia juntos, corríamos por la playa, sorteando las manchas de petróleo crudo que llegaban hasta la arena y no se iban nunca. Cocinábamos por rigurosos turnos, hacíamos buñuelos. Yo les enseñé dos canciones, ella nos enseñó una cuya letra nunca he podido entender (¿qué es eso que a veces canto?, ¿qué quiere decir?, ¿estoy hablando de un bosque encantado, de una fiesta, de la virgen María?) y él nos enseñó otra, una habanera que aprendió en un lugar llamado Gijón.

Greta alternaba la vitalidad, los arranques de histeria y una melancolía densa que nos ponía a todos de mal humor. San Vicente y yo nos íbamos a veces por los campos petroleros, haciendo trabajos con los motores, hablando con la gente, caminando jornadas interminables por la costa.

Un día San Vicente no llegó a dormir. Greta y yo, tras remolonear por el cuartito, nos dejamos caer sobre las

colchonetas con que habíamos sustituido el suelo original. Yo le tenía miedo, porque la había oído gimiendo en las noches, en medio del sueño; porque había escuchado los susurros del tul cuando San Vicente la despojaba cariñosamente de la ropa para desvestirla. Arrastré mi colchoneta hasta la terraza y ahí traté de dormir. Ella llegó desnuda con la noche, me acarició el pelo y se tendió a mi lado. Los senos palpitaban, yo cerré los ojos y puse mi mano entre sus piernas.

Su piel blanca relucía con la luna y a mí se me salió una lágrima cuando terminamos de hacer el amor y quedamos jadeando abrazados. Yo pensaba que había traicionado a mi amigo, que había tomado algo que le pertenecía sin pedirle permiso, que le había robado una cosa. Luego me quedé dormido. San Vicente nos despertó en la mañana con el olor del café recién hecho. Yo traté de esconderme y él me sonrió. Ella le preguntó algo. Lucía su desnudez como la noche pasada, pero el día había amanecido turbio y no había sol que hiciera brillar su piel. Él le contestó primero en francés y luego volteó hacia mí para traducir.

—En la cárcel. Pasé la noche en la cárcel. La policía detuvo a todo el grupo por un manifiesto que pegamos anoche.

Dos o tres horas después, mientras yo rascaba la arena con los pies, vino a buscarme para ir a un trabajo; a reparar una caldera que daba calefacción y agua caliente a un hotel.

—Ella no es una propiedad, amigo. Tú no eres una propiedad. Yo no tengo propiedades, tengo compañeros.

Tranquilo —me dijo. Fue lo único que me dijo.

Algún tiempo después Greta se mató bebiendo arsénico, que había pacientemente destilado de papel matamoscas. Lo hizo en un cuarto de hotel, en la ciudad, supongo que para no comprometernos. Nunca supe por qué. Si dejó una nota no fue para mí. San Vicente nunca habló de ello.

Un mes más tarde San Vicente se fue de Tampico. Iba a la ciudad de México para representar a la Local Comunista en un congreso que los obreros rojos celebrarían. Yo pensé que no le iba a ver nunca más. Lo despedí en el muelle porque salía primero a Veracruz para de ahí seguir por tren a la ciudad de México. Llevaba un traje blanco y su bolsa de herramientas. Yo me quedé en el muelle. Solo, con dos nuevos oficios y un poco más de 16 años.

Cuatro

No hay fotografías de San Vicente. Ni una sola. Tengo la impresión (¿sacada de dónde?) de que era un tanto envarado, tieso. Hay un dibujo de él publicado en El Demócrata (febrero 1921, Ciudad de México) que tengo en mis manos. Ceja junta, nariz ganchuda, traje un poco raído y chaleco; el pelo peinado hacia atrás. Aparenta unos 40 años. Erróneo, porque no tiene más de 30. La impresión es que... No sé qué mierda puede ser la impresión. Probablemente lo que me pasa es que el dibujo no concuerda con la imagen que he formado en la cabeza. Me molesta, de este recorte de periódico, el que no parezca un hombre alegre; esa cierta rigidez externa, que viene de una rigidez interior. Quizá la solución sea imaginarlo con una media sonrisa. Una de esas sonrisas que garantizan para el poseedor una doble burla (del mundo y de sí mismo como personaje de una tragedia un poco absurda). Necesita bigote. Debe ser eso, necesita bigote.

Cinco

En el viaje en tren de Veracruz a la ciudad de México, el español elegante y narizón, que respondía al nombre de Sebastián San Vicente, no se limitó a ver cómo los paisajes de planicies se deshacían en las montañas casi acariciadas por las nubes; no sólo se hundió entre los árboles que se movían en la brisa al paso del tren, ni ocupó exclusivamente sus reflexiones en reorganizar la pobre información que tenía sobre el viaje combatiente de Hernán Cortés por tierras mexicanas (información, por cierto, casi toda ella equivocada, no acertó una: ni Cortés dormitó en ese bosque, ni subió esas montañas, ni fue ahí donde bajó el volcán para conseguir azufre con el que hacer pólvora). Además de todo eso, escribió en un cuadernito, escaso de hojas, algunas notas sobre Tampico, cartas inacabadas, cuentas económicas,.. El cuadernito se lo robaron en la estación de San Lázaro una pareja de carteristas dirigida por El Chanclas, quien a su vez se lo entregó a un policía de la Reservada, quien a su vez lo pasó a la superioridad; y años más tarde, el cuadernito citado, fue a dar a la mesa del capitán Arturo Gómez de la Gendarmería.

En el cuaderno, entre otras cosas, decía:

*El gran sindicato de esa región será un sindicato petrolero, y no girará en torno a Tampico o Villa

Cecilia; saldrá de los campos y de las refinerías, de Mata Redonda, de Chapopote de Núñez, Juan Casiano, Tres Hermanos, del Ebano, Cacalilao, Cerro Azul, Esperanza, La Laja, Campo Naranjos, la Refinería del Águila, Potrero...

* Se le deben 2 pesos a Gudiño, 6,50 a García, un chaleco a Pantaleón, seis balas, 38 a Fernando, 1,50 de periódicos a Rebeldía.

* Querido amigo: Tenías razón, tan sólo dos días y ya estoy envuelto en sueños. Ya se fueron los últimos humores de la infección en la piel que me fastidió tanto el último mes. A lo mejor era un problema de alimentos, y con las comidas a bordo del barco, y la que me dieron los compañeros de Veracruz, se han resuelto. Dejé el paquete en Veracruz que usted me encargó al compañero Miño, quien mucho lo agradeció y prometió enviar mangos en un paquete para ti y tu compañera, así como una caja de limones para que se los des a Alonso, el que maneja la prensa, porque dicen que de tanto oler plomo puede enfermarse y que el limón es muy bueno para evitarlo. Debe ser algo como el escorbuto que padecemos a veces los marineros si no tomamos verduras y agua fresca durante un tiempo. En Veracruz repartí tan sólo 40 periódicos del paquete que me entregó, 20 de ellos a Miño, 17 al compañero Herón Proal y tres que dejé a los estibadores del puerto como regalo. Ellos se comprometieron a enviarle el dinero directamente a usted...

* «La hipótesis dios es inútil», Sebastián Faure.

* «Si un obrero produce tres mil tornillos grandes con contratuerca al día y el costo total de las materias primas que usó es de 60 pesos, y el desgaste de la maquinaria puede valer 6 pesos, y los gastos de instalación, energía, etcétera, son de 11 pesos, y el patrón las vende en 130 pesos, entonces... el patrón es un cabrón bien hecho.»

Seis

El gringo güero, con cara de peletero judío, es Martín Palley, de los Industriales; un poco más allá, el que está a su lado es Proal, un sastre de Veracruz, el que fue presidente del congreso obrero del 16; luego aquel que está escribiendo, un estudiante comunista, Valadés; ése que se ve tan serio a su lado, con traje y corbata como de oficinista, es Araoz de León, el dirigente del nuevo sindicato de telefonistas... En la fila de atrás al lado de la mujer, el de barba es Leonardo Hernández, el que dirigió la huelga de los molineros en el 19. No, a ése no le conozco, viene representando a los sindicatos de Atlixco y Puebla, los textiles. Al ladito de Quintero. Sí. Luego están los municipales, y los de las jaboneras, y Durán de la Federación Textil del Valle de México; luego sigue un español, San Vicente, viene de Tampico...

Siete

Hanna a Hurley (a Hoover) State Dpt. Ciudad de México, 18 abril 1921.

Dpto. evaluación consulado reunió estas informaciones a petición suya de fuentes variadas. Las menciones que aparecen marcadas entre paréntesis J. A. corresponden a un informador del coronel Miller, agregado militar ésta. Las que aparecen sin registro de fuente tienen su origen en recortes de prensa evaluados por sección consultar; las que aparecen anotadas como BS, corresponden agente Bockman agregado depto. consular por State dpt.

San Vicente, Sebastián

Nacido en España, Gijón, un puerto en el norte del país, o en Guernica (BS) cerca de Bilbao. Hijo de familia acomodada (JA), dejó su hogar por espíritu aventurero. Tiene unos 25-28 años. Ha sido maquinista naval, mecánico de calderas CIA). Como marinero o mecánico naval ha recorrido muchos puertos. En USA llegó varias veces hasta N.Y. tras haber recorrido toda la costa este. Ahí uno de los más activos miembros de organizaciones anarquistas y de la IWW. Se dice que estuvo implicado en el atentado del Mayflower al regreso del presidente Wilson de su viaje a Europa (JA). Escapó cuando se hicieron los arrestos pertinentes, se escondió y viajó de polizón a Cuba. Cuando se le suponía en Estados Unidos, se encontraba en la Isla de Cuba, provincia de Santiago, donde estuvo implicado en actos de sabotaje

contra barcos mercantes norteamericanos durante huelga marineros. De regreso a los Estados Unidos se desconocen sus acciones. Se le reporta en Tampico a fines de 1920 de donde vino a la Ciudad de México como delegado del Grupo Hermanos Rojos (AJ). Ha vivido en el local del sindicato panadero durante el congreso y días posteriores. No se le conoce trabajo fijo. Reconocido como anarquista de acción. Se desconocen futuros proyectos. Señas particulares, cicatriz en la axila izquierda de unos seis centímetros de largo (BS). Muy buen tirador, gana premios en las ferias. Se le ha oído decir que volverá próximamente a los Estados Unidos por haber dejado allá cuentas pendientes, sin aclarar de qué tipo.

Ocho

—¿Usted sabe escribir a máquina, San Vicente?

—Con dos dedos.

—¿Sólo?

—Pero bastante rápido, y sin faltas de ortografía.

—Bien, entonces propongo al compañero San Vicente para Secretario de Correspondencia —dijo Quintero muy ufano.

San Vicente lo miró con los ojos entrecerrados, no le había hecho mucha gracia.

—¿A favor?... Cinco. ¿En contra?... Uno, el propio San Vicente.

No era que le diera poca importancia al asunto. En una organización extendida por aquel país que le parecía enorme, sin militantes profesionales, sin dinero para pagar viajes y salarios a los que viajaban, sin permiso con goce de sueldo en las fábricas, la correspondencia era lo único que podía construir la organización, ir la haciendo nacional; pero eso de aporrear la Remington con los dos dedos, tarde tras tarde, le parecía una actividad pequeña, poco útil. Se decía a solas: «paciencia esto también es trabajo». Y en un mes comenzó a distinguir los garabatos de Carmona desde Chihuahua, las cartas floridas de Castellanos desde Mexicali, los arrebatos poéticos de Aurelia Rodríguez desde Cárdenas,

San Luis de Potosí, los pulcros escritos de Bruschetta desde Puebla. Comenzó a ver los rostros, imaginar los cuartos donde escribían a la luz de un quinqué sus correspondales. Lo que deberían ser las cartas del secretariado, informes obligadamente parcos, escuetos, apegados a los acuerdos de asambleas, notas periodísticas, debates telegráficos sobre cómo ver el mundo, comenzaron a trastocarse. Metía en ellos un toque personal. Con Carmona inició una correspondencia en la que poco a poco lo central fue un debate en torno a las tesis de Faure sobre la inexistencia de dios. Hizo que Castellanos estudiara economía política a fuerza de debatir con él por correo la justicia del salario de los empleados en la sociedad libertaria. Casi vuelve loco a Bruschetta al involucrarlo en una discusión sobre el control de la natalidad (los métodos más modernos, el malthusianismo, la proporción geométrica del crecimiento, las etapas de fertilidad de las mujeres), a él que era un homosexual vergonzante. Se lió con Aurelia Rodríguez en una discusión por correo prácticamente incomprensible sobre las reglas del soneto.

En dos meses, podía decirse cualquier cosa sobre la eficacia del secretario de Correspondencia de la Confederación, pero no ignorar que tenía una nutrida saca de cartas para contestar todas las semanas.

Nueve

—Véngase para Atlixco. Ahí es donde usted puede ser útil. Ahí tiene usted una misión a la altura de sus fuerzas.

—¿Y cuáles son mis fuerzas? —dijo San Vicente.

Diez

Llovía. Llovía como llueve en la ciudad de México, y los dos hombres estaban cobijados bajo la marquesina de un teatro, enfrente del café Imperial, porque no tenían dinero para entrar a tomarse un café con rosquillas que es lo que estaba de moda. San Vicente subía los ojos hacia las nubes para ver el agua deslizarse en el aire, caer sobre los charcos levantando pequeñas salpicaduras. No era como en Gijón, donde la lluvia era casi invisible; aquí la lluvia se sentía en el golpe, en el impacto sobre la ropa y la cara; allá no, allá mojaba casi sin querer. No era como en Gijón, pero le recordaba Gijón.

—Una misión para alguien como usted, que no le tiene miedo a la muerte.

—¿Quién no le tiene miedo a la muerte?

Qué lejos estaba el cuarto húmedo desde el que se veía un farol y un poco más lejos la playa y el mar.

—¿Atlixco tiene mar? —preguntó.

—No, está en Puebla, en la sierra. Muy lejos del mar, compañero.

—Bueno —de todas maneras el mar no tendría ese color verde oscuro, ni tendría la fuerza del Cantábrico, sería un mar blandengue como en el Golfo de México, que de vez en cuando se volvía irritable, arisco.

—¿Acepta usted? Podríamos darle casa y comida muy ufano (ya lo conoces) que esperaba que el tiro fuera en el brazo izquierdo y que así, con gusto, te podría escribir el artículo que le demandas. Me pide que le comunique de su parte al secretario que se incorporará a sus funciones tan pronto como pueda hacerlo y la situación se aclare.

Sin más, hermanito, queda tuyo y de la anarquía,

Antonio Bruschetta

Puebla, Puebla. 11 marzo 1921.

Once

El patrón de La Cantabria me dijo:

—¿Quieres mil pesos, Tomás?

Yo dije que sí y le pregunté:

—¿A quién mato?

—Al gachupín anarquista, al San Vicente ese.

—Mitad y mitad —le dije, y él entendió luego, porque era una fiera para los negocios.

—Trescientos ahora y el resto cuando los periódicos saquen la foto del muerto.

—¿Y si no hay foto?

—Con la nota me conformo —dijo extendiendo los trescientos pesos sobre la mesa como si fueran un abanico. El cabrón me daba puros billetes de a peso y de a cinco, para que parecieran muchos, y muchos parecían. Recogí el abanico y saludé llevándome dos dedos al sombrero.

Me fui a la cantina a pensar, y pensé: Si voy a La Guadalupana a lo mejor el patrón de allí me da otros trescientos, y si hablo con los amarillos de Puebla, a lo mejor me dan doscientos por todo, y si hablo con el arzobispo a lo mejor saco indulgencia desde antes; si le vendo la historia al Universal a lo mejor saco otros trescientos. Porque yo mato por dinero, pero no soy ningún pendejo, y mi tirada es poner

una curtiduría en Juárez, en Jiménez, lejos de aquí, algún día.

En esas estaba cuando llegó San Vicente. Yo hice como que estaba curándome de amores con unas copas, pero vino derecho a la mesa y se me sentó enfrente.

—Me dijeron que te dieron unos billetes para matarme —dijo en seco y sin saludar.

Tenía la mano en el bolsillo de la chaqueta, y tenía, tenía que tener el dedo en el gatillo y la automática amartillada. De manera que le fui de frente y asentí.

—¿Cuánto?

—Trescientos —le dije. Y me quedé pensando quién habría sido el chismoso, que más habían tardado en darme la lana que en írselo a contar.

—Con dos deditos saca el dinero del chaleco y ponlo arriba de la mesa —me dijo. La gente se iba juntando pero nada babosos, se ponían atrás de él. Y estaba claro que, si iba a haber plomazos, iban a salir todos pa' mi lado.

Extendí el dinero en abanico, tal como lo había recibido.

—Sabes que no es para mí, que yo no tocaría un centavo.

Asentí de nuevo. Y entonces supe todo.

—Gracias —me dijo, y se levantó—. ¿Sabes quién me dijo y por qué? —me preguntó antes de salir.

—Creo que ya lo adiviné. Gracias.

San Vicente salió de la cantina sin mirar para atrás. Yo me tomé el tequila que estaba a medio apurar y salí caminando

despacio.

El cabrón patrón de La Cantabria le había soltado el pitazo con algún empleado. Así, si yo no lo mataba, él me mataba a mí, y entonces le echaban a la policía encima y lo refundían. Me dolía más que la trampa, la falta de confianza.

Entonces, fui a las oficinas de La Cantabria le metí un tiro en la frente al tipo. La sangre se le mezcló con la baba arriba del escritorio de caoba. Los muertos hacen cosas raras.

Por eso ando por aquí, por la frontera, y sigo comprando y vendiendo muertes, en lugar de tener una curtiduría.

Doce

Ninguna calle llevará su nombre. Aún hoy es sólo una mancha, un pedazo de niebla. «La sombra de la sombra», diré de él y de otros amigos suyos en alguna novela.

Rebuscando en archivos, en papeles viejos y micro films, el nombre aparece aquí y allá. A veces lo suficiente para hilar un pedazo de historia, nunca bastante para que la historia se complete. No hay una nota firmada por él, una intervención en un congreso tomada taquigráficamente, un artículo completo. No hay fotos, ni recibos de renta a su nombre (nunca tuvo casa), ni actas de matrimonio o registros de nacimiento de sus hijos. Sólo pedacería en las columnas de la presa que van haciendo la sombra del hombre.

Una vez, en Washington, en los sótanos de los Archivos Nacionales, turné a la computadora la petición de que me pasara, del banco de datos del FBI, toda la información sobre una lista de militantes anarquistas extranjeros que habían rondado por México. Esperé en el cubículo de paredes blancas donde me tenían encerrado. La computadora rechazó el nombre de Sebastián San Vicente. Supongo que de ahí nació esta historia. Escribí el nombre de nuevo juntando las dos palabras del apellido (Sanvicente) y la computadora, a regañadientes, me mandó un listado de expedientes, que media hora más tarde se volvieron seis rollos de microfilms transportados hasta mi cueva tecnológica por una señorita con lentes de fondo de botella.

Ahí estaba la huida de San Vicente de los Estados Unidos, los informes confidenciales que sobre él de vez en cuando se enviaron desde México. ¿Por qué persigue uno a las sombras?

¿Para poder hablar con ellas?

Trece

Él era un hombre extraño, que había pensado que la miseria ennoblecía; que, cuando nada se tiene, todo se comparte, y vivía así, o casi así. Atlixco le sirvió para entrar de lleno en la miseria. No la miseria de las apariencias de los barrios bajos de La Habana o Nueva Orleans que había conocido, no la miseria remendada y digna de Pueblo Nuevo, el suburbio de Barcelona. Sino una miseria descarnada y áspera. En la casa de Zenón, donde había sido acogido, compartía cama con dos niños de 9 y 11 años y una niña de 6. Cuando optó por dormir en el suelo, Zenón se ofendió. Lo había invitado a esa casa porque era una de las pocas donde había cama. Zenón mismo dormía con su esposa en un cuartito (la cocina) sobre petate. El niño de 11 años, Javier, su compañero de lecho, trabajaba en Metepec al igual que Zenón, jornada de 12 horas, porque eran destajistas. En la casa se comía dos veces, el desayuno y la cena. Cuando había carne, una vez al mes, no era para todos. Zenón tenía un solo par de pantalones. San Vicente, tenía dos, le regaló uno a Javier.

Catorce

Querido Pancho:

Me encarga San Vicente te comunique que estará por ésa a fines de junio para colaborar en la puesta en marcha de El Trabajador. Ha pasado por Puebla como viento negro, sembrando ideas descabelladas y otras no tanto, y me han llegado informes de su arribo a Atlixco. Me cuentan que ha estado muy activo en los centros de nuestra federación textil (te hablará de esto Pacheco que pasó por aquí de regreso de Veracruz, hay cosas que no me gustaría confiar al correo) y entre los peones de las haciendas cercanas. Atacó violentamente a las autoridades de Atlixco y logró la excarcelación de Sandoval, que estaba en la cárcel con una acusación de robo fraguada por el patrón de Metepec y sus acólitos. Algo bueno ha de salir de esto, porque como te había contado en otra, y Marqués te habrá dicho en su correspondencia, la cosa en Atlixco está de no soportarse. Ya hablaremos. En referencia a los folletos de Bakunin que me enviaste, tengo que hacerte notar que no fueron un centenar sino tan solo 98, de los cuales he vendido 67 y te envió por telégrafo el giro hoy mismo. Entiendo bien las penurias de la organización y sé que no puede estar financiando a los vaquetones de provincia como yo. Pasando a otro tema, el próximo mes de junio me uniré con una compañera de aquí a la que no tienen el gusto de conocer...

Quince

De: Capitán Barcena

A: Comandancia militar región poblana. A la atención del mayor R.V. Salazar Durante.

Confirmando agitación entre peones haciendas San Diego coma La Blanca coma Estrella y otros puntos Obra grupo de cegetistas capitaneados por Sebastián San Vicente punto coma que ya se han enfrentado violentamente con encargados y con capataces de la fábrica de Metepec punto Día ayer tomaron oficinas federación patronal al grito dos puntos viva el cura Hidalgo viva Lenine a matar gachupines punto Absurdo toda la historia es que el San Vicente que los capitaneaba es sin duda español pues todos los que lo conocen hablan de su fuerte acento punto Pido instrucciones al respecto punto Barcena.

Dieciséis

Sí señor, iban gritando: «¡Viva la virgen de Guadalupe!, ¡Vivan los soviets!» (o los sovierts, no estoy muy seguro de la ortografía de los gritos), «¡Viva Lenin!, ¡Viva la anarquía!» Nadie me lo contó, con estas orejas puntiagudas que me dio mi rechingada madre yo lo oí.

Saltaban las cercas, los alambrados, con el machete en las manos, ondeando los sombreros a falta de banderas, y aullando, cantando canciones, cada uno las suyas.

Tomaron tres haciendas el mismo día, cuidándose muy bien de que fueran haciendas de los mismos dueños de las fábricas. No hubo muertos, dos o tres capataces apaleados.

En San Diego, vi un espectáculo inusitado. Habían sacado muchas piezas de mobiliario al patio, dejando espacio libre para que los invasores pudieran dormir bajo techo. Las habían sacado con cuidado, con alma de nuevos propietarios ansiosos de evadir cualquier destrucción inútil, y estaban cubriéndolas con unas telas de saco de yute. Entre los muebles estaba un piano de cola que parecía que nunca había sido usado, porque a las hijas del hacendado les había dado por cogerse a los capataces y no por la cultura, de manera que el dicho piano estaba flamante.

Entonces apareció San Vicente, al que yo conocía por haberlo visto una vez en un mitin en Atlixco. Sin decir nada se sentó al piano y se puso a tocar polonesas de Chopin. Los

obreros tomatierros se fueron acercando y sentándose en el suelo del patio, sobre las arcadas, en los sillones sacados del interior del caserón, y gozaron de la música. Cerca del piano, una fuente afrancesadilla dejaba caer su chorrito de agua como si fuera un otro instrumento musical destinado al acompañamiento. Si mi talento musical no me ha abandonado, San Vicente no era un genio ejecutando; a veces hacía trampas, saltaba acordes, no se las sabía de perfección en la memoria, pero las tocaba con una mezcla de concentración maniaca, ofrenda profesional a Perséfone, cautela, tesón, que contagiaba al auditorio. Chopin siempre ha tenido la virtud de sacarme algunas lágrimas, y aquel soviet chopinesco no había de ser la excepción, en esa tarde lánguida en una hacienda tomada por adeptos a Lenine, Bakunine, la música y la virgen de Guadalupe.

Diecisiete

Estas nubes cabezonas, que bajan cantando lluvia sobre la calle empedrada de la ciudad de Atlixco, no son tus nubes, yo pienso. Tú piensas que la propiedad es un robo, incluso en materia de nubes, y que nadie se puede adueñar de los paisajes, que están ahí un día y al otro se van. Yo pienso igual que tú, que nadie se puede apropiar impunemente de los paisajes, porque hay un costo. Tú lo ves como telón de fondo, como decorado pintarrajeado sobre tela blanca que, contemplado a más de cuatro metros, esconde los brochazos y se hace castillos, puente de barco o plaza de San Marcos. Tú piensas que en esa lluvia de gota gorda no se esconde nada, tan sólo moja un poco el sombrero negro que algún difunto compañero te heredó por mano de su viuda y que, aunque perdió la cinta que lo ceñía, conserva el aire de otros tiempos. Tú te ves como paseante. Yo te veo como pájaro negro, cuervo anárquico que amenaza estallido, pasiones desbocadas. Yo hago mucha lírica a su costa. Tú haces un paseo por las calles empedradas de Atlixco a la mía.

Dieciocho

Para codificación y reexp. a coronel Garvey, US Military Intelligence, Washington. Miller.

«Respondo a su interés directo por Sebastián San Vicente y Richard F. Phillips, quien en México se hace llamar Frank Seaman. El primero no tuvo intervención en la huelga de los ferrocarrileros por encontrarse en Atlixco, y sólo recientemente se reincorporó a la dirección de la Confederación General del Trabajo de la que es uno de los secretarios. Anarquista puro, tiene grandes diferencias con Phillips quien se confiesa marxista convencido, y que sí actuó fuertemente en el movimiento ferrocarrilero en mítines públicos y promoviendo acciones con grupos minoritarios de la C.S.F., así como en la prensa del Partido Comunista. Phillips vive con una súbdita polaca llamada Natacha Michaelowa, de la que se dice era traductora de la Internacional Comunista del polaco, ruso, francés e inglés, y que conoce personalmente a Trotsky. Ella llegó a México recientemente en el Hollsatia vía Veracruz. Comí recientemente con ellos y, dado mi cargo oficial en el Partido, me revelaron la forma como está establecido el correo con Moscú, a través de un grupo de marineros alemanes que llegan en barcos de esa nacionalidad y noruegos a Veracruz y Campeche con regularidad. Asimismo, me informaron de la próxima presencia en ésta de dos

enviados de la Internacional Comunista, uno de ellos el japonés Sen Katayama y el otro un norteamericano cuyo nombre no mencionaron en la conversación, pero del que se dijo viene con la cobertura de un distribuidor austríaco de películas para los teatros nacionales. Phillips nació en algún lugar de California y debe tener una causa pendiente con las autoridades norteamericanas por evasión del servicio militar. Vive muy modestamente en la calle de López, en una casa de dos pequeñas piezas, pero no se le conoce trabajo alguno remunerado, puesto que los escritos y traducciones que hace para el Partido no se le pagan de manera alguna.

San Vicente, del que les anexo una fotografía, en la que estamos juntos (a mi derecha se encuentra Pablo Rosas, de los talleres de la compañía telefónica Ericcson, luego vestido con un traje marrón y corbata de lunares, él), llegó con mucho ánimo de Atlixco. Vino convocado por el secretariado, que después de la huelga ferrocarrilera sentía que necesitaba más actividades en la ciudad de México para darle el último empujón al desmoronamiento de los sindicatos amarillos, quienes quedaron muy dañados por la traición de sus dirigentes a la huelga. Su primera presentación en el local causó algo de risa y sorpresa, porque diciendo que eso era una porquería, se negó a discutir problemas sindicales o tareas de prensa, limitándose a tomar una escoba y un cubo y a limpiar todo. Se pasó dos días en labores de limpieza negándose a discutir nada o hacer ningún tipo de labor sindical mientras no hubiera terminado su objetivo. Ante la mirada sorprendida de Rubio, de María del Carmen Farías o de Quintero, se arrodilló en el suelo y como común fregona le sacó el brillo, que falta le

hacía, a los roñosos suelos de duela de madera. Cuando terminó les dijo: «Ahora sí podemos empezar a trabajar», y luego les advirtió: «Pero ojo con manchar, porque el que manche este local lo limpia él, de eso me encargo yo». Quintero que siempre anda tirando ceniza por el suelo cuando fuma, ahora se cuida bien de hacerlo y trae todo el rato un platito en la mano.

Se dice que Phillips y él darán un mitin en Morelia el 1 de mayo, y tienen varios actos más de propaganda listos para este mes. Mientras tanto San Vicente está trabajando con basureros y lavanderas tratando de organizar esos sindicatos. Traté de mantener una conversación con él, pero rehuyó toda información privada manteniéndola en el terreno de las ideas. No quiso contar nada de su paso por los Estados Unidos o por Cuba, aunque me habló largamente de Hamburgo y Shanghai, lugares en los que supuestamente ha estado varias veces como marinero. Su oficio es mecánico naval de calderas. Trabaja de vez en cuando, lo suficiente para sacar el sustento mínimo arreglando alguna caldera o haciendo algún trabajo de mecánica en automóviles para empresas grandes. Saca lo justo para vivir quince días o un mes, porque este trabajo se paga bien; y lo hace en dos o tres días, y ya. Duerme donde le cae la noche. Tiene un convenio con una tintorería de chinos que no he logrado entender, donde le lavan y le planchan su único traje, y ahí va tirando. Eso lo hace más peligroso aún. Es irreprochable y la gente lo quiere mucho aunque a veces actúa de una manera muy irritable y muy violenta. Ambos, Phillips y San Vicente tienen la idea de que el movimiento revolucionario crecerá mucho entre los obreros en este año y el próximo.

No comparto su idea, las masas están aletargadas y sólo despiertan a ratos. Además, la derrota de los ferrocarrileros parece haber puesto un freno a muchas ilusiones. Seguiré informando. Allen.»

Diecinueve

Ciudad de México, mayo 1921.

La revolución social nos dará, espero, un ritmo y una dirección diferente a nuestra vida occidental. Quiero ver emergiendo a una raza más serena, menos ambiciosa, más lenta, más paciente, amante de la naturaleza. Los rascacielos deben ser conservados, con todo, son monumentos también. En la Ciudad de México no hay rascacielos y la gente se mueve lentamente por las calles y siempre hay una suave fragancia de flores en el aire. Tenemos más tiempo para conocernos. La comida es más simple, las casas simples y más bellas, la gente, excepto por sus flashes de violencia infantil, es soleada, dulce e inconscientemente camaraderil. En los Estados Unidos encontré dentro del movimiento radical muchos socialistas, pero pocos camaradas. No tienen tiempo, porque aún su alma ha recibido manchas imborrables de la fiebre y la prisa, de la impaciente superficialidad de la vida americana. Hay algo diferente aquí, y a pesar de que no termino de analizarlo, sé que está más cerca de la fraternidad sobre la que el nuevo mundo se debe alzar.

No me confunde, dejo que me envuelva y me acaricie. Se compone de actos y de gestos. No sé cómo contarlos con precisión. Mi amigo San Vicente, un anarquista español irredimible, me dice que lo que pasa es que he entrado en una sociedad que no tiene nada que perder, que yo como

marxista debería entender bien eso. Que ha habido tantos sueños fracasados, que se ha entrado tan vertiginosamente en el siglo XX, que todo el mundo se toma con calma y suspicacia lo que sucede en torno suyo. Esto por un lado. Por el otro, la idea que nos domina a todos de que el compañerismo es la forma superior de la amistad, y que no hay nada más grande en el mundo que la amistad.

Yo creo que se equivoca. Pienso que aquí se ha estado tan cerca de la muerte, se ha vivido tan íntimamente hermanado con la violencia, que la vida, como factor a conservar en sí mismo, vale poco, y de ahí que haya que darle más, enriquecerla para que valga la pena.

No suenan muy marxistas mis impresiones, pero apenas me encuentro en una etapa en que estoy aprendiendo a mezclar el análisis objetivo, el estudio del corazón del sistema y su arquitectura interna de acero, sus relaciones de producción, con las imágenes e impresiones de la subjetividad.

En estas tres últimas semanas, no he tenido demasiado tiempo para estudiar y leer. Los ritmos del accionar diario se han vuelto vertiginosos, constantemente se nos llama para intervenir en una asamblea, asistir a una huelga, hablar en un mitin, salir a ésta o aquella reunión. Es curiosa esta contradicción: un país más lento, un ritmo más suave en el suceder de las cosas, y de repente en este último mes y medio la furia del despertar sindical y la actividad febril. Todo funciona por rachas, por oleadas. Supongo que después de los actos conmemorativos del 1 de mayo, que terminarán el día 8, volveremos a un trabajo más paciente y

cauto, que tendrá que ver más con la propaganda y la organización, y me dejará volver a estudiar y a escribir poesía. San Vicente, este camarada del que te he hablado, no me deja pensar así, y me dice que el ritmo va en ascenso para los próximos dos años, que nos encontramos ante un despertar creciente de los trabajadores y a su reencuentro con la organización. Yo más bien creo que cree lo que quiere creer.

Un abrazo

Richard Francis Phillips

Veinte

De: Presidencia de la República

A: Secretaría de Gobernación y Relaciones Exteriores.

Líbrese orden de captura y deportación de acuerdo a artículo 33 constitucional contra agitadores extranjeros involucrados asunto Morelia e incidente Cámara de Diputados, Sebastián San Vicente, español; Richard Francis Phillips, norteamericano; Natacha Michailowa, polaca; José Rubio, español; Karl Limón, alemán; Sánchez, colombiano; José Alien, norteamericano; J. Paley, norteamericano; William Foertmeyer, norteamericano.

Ejecútese. F. Torreblanca, secretario, por disposición del presidente A. Obregón.

Ciudad de México, mayo 14, 1921.

Veintiuno

Quizá las sombras tengan una cierta densidad, pero las sombras de las sombras, estos vestigios sueltos, humeantes y tenues que voy encontrando aquí y allá, poco tienen del calor humano del que las generó. Noticias de él recogidas en amigos al paso de los años, noticias de noticias de noticias. Vagas sombras.

Una vez Armando Bartra me dijo que él se había congraciado con Mao Tse Tung porque una foto suya le pareció tener un encanto ridículo y lo humanizaba.

No logro imaginarme a San Vicente sonriendo. Parece que lo voy a perder en una estación enorme, llena de gente.

Veintidós

Cuando rompieron la puerta a culatazos, Phillips le decía a San Vicente:

—La revolución es ciencia, hermano, mientras no entiendas esta simple idea, no podrás ponerte en el lugar correcto, en el sentido... en el... ¿cómo decir?, hilo, curso, the stream of history, de la historia, eso.

Discutían con una botella de habanero extraseco entre ambos, colocada sobre una mesita de noche a mitad de la sala solitaria. Eso era un tanto absurdo, porque San Vicente era abstemio y Phillips bebía muy poco. O sea que el habanero a mitad de la conversación tenía efectos decorativos y tramoyísticos y no funcionales. Por eso cuando la puerta saltó en astillas gracias a los culatazos de la gendarmería, y uno de los policías entró al cuarto y golpeó con el cañón del fusil la mesa tirando el habanero, no hubo consecuencias mayores. Phillips estaba tratando de saltar por la ventana pero, al mirar hacia el piso de abajo, descubrió los cañones de dos mausers esperándolo para que hiciera una última pirueta mortal en el aire. Regresó al cuarto y le sonrió al capitán de la gendarmería que dirigía la operación.

—Orale, pinche gringo, díglele a su amigo que salga del cuarto.

San Vicente se había metido en el dormitorio,

atrincherándose detrás del colchón matrimonial y de un armario viejo que había tirado al suelo.

—Sálgase, San Vicente, están por todos lados y traen rifles.

—Y aviente la pistola por delante antes de salir —gritó el capitán.

La cuarenta y cinco de San Vicente rodó por el suelo encerado, y tras ella apareció el hombre con las manos en alto.

—Está usted absolutamente equivocado, Phillips —dijo mirando a su amigo y sin dedicarle ni siquiera un vistazo a los cañones de los fusiles que lo apuntaban—. La revolución es un acto de voluntad, ¿qué coño tendrá que ver la ciencia con eso?

—Jálele, güey —dijo un gendarme empujándolo con la culata del rifle.

Phillips colocó ambas manos en la nuca, tras ponerse una chaqueta de cuero cuyos bolsillos fueron registrados previamente por el capitán, y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Voluntad, voluntad, tonterías, si no hay un sentido histórico. Voluntad sin clase social, bah —dijo como despedida. La botella de habanero había rodado por el suelo, un gendarme antes de abandonar el cuarto vació las últimas gotas y luego la abandonó.

La discusión se interrumpió al salir de la casa, porque los gendarmes arrojaron a San Vicente y Phillips en dos

automóviles diferentes, que salieron a toda velocidad del callejón rumbo a la comandancia de la gendarmería en Mesones.

Phillips había conseguido que le regalaran un cigarrillo y desbarató la mitad para fumárselo en pipa. San Vicente con las manos en los bolsillos escuchaba indiferente la lectura de la orden de deportación.

—¿Tienen algo que decir, señores? —preguntó el oficial, sentado blandamente en un sillón de cuero.

—¿A dónde seremos deportados?

—Puesto que ambos entraron por nuestra frontera norte, ahí se les dejará. Puede ser Reynosa o Matamoros, Ciudad Juárez, quizá.

Phillips y San Vicente intercambiaron una mirada.

—¿Podría ser Guatemala? —preguntó el español.

—¿No preferiría usted Cuba? —dijo el oficial.

—Mayor, usted sabe que nada tuvimos que ver con los acontecimientos de los que nos acusan. Pero no quiero discutir eso. Usted lo sabe, nosotros lo sabemos y basta. Pero si nos deportan a Estados Unidos vamos a ser encarcelados allá. Lo mismo sucedería con San Vicente si lo envían a La Habana...

—Lo siento, no está en mis manos decidirlo.

Pasaron la noche en un banco afuera de la oficina del oficial de gendarmes.

—Todo el problema como yo lo veo, llevándolo a un asunto práctico, está en eso de la dictadura del proletariado.

—Es una fórmula de transición amigo. En condiciones de crisis revolucionaria ¿qué propone usted? No queda otra que ejercer una dictadura contra el enemigo de clase, desarmarlo, reprimir sus intentos por recapturar el poder, someterlo, impedir que sabotee la organización obrera, despojarlo de bienes y de técnicas. Al mismo tiempo impedir los excesos, el caos que sectores atrasados del proletariado y el pueblo pueden cometer. Es una forma de transición. Dictadura temporal del proletariado.

—Le veo muchos peros, ni es temporal ni es del proletariado. Tiende a hacerse eterna, y es una dictadura de partido, del de ustedes.

—Pero es que el partido representa lo mejor de la clase —dijo Phillips.

—Eso está por verse —contestó San Vicente y se acostó en su mitad del banco.

Fueron conducidos a la penitenciaría de Carretero, esposados, con cadenas en los tobillos y doble escolta.

A San Vicente, al que le molestaba el sol durante la conducción que se hizo a pie, le regalaron un sombrero de paja, porque su stetson negro se había perdido en el asalto a la casa. Caminaban lentamente en un día de viento que alzaba el polvo del camino.

—Pero ¿estará de acuerdo conmigo en la idea de que la clase trabajadora no puede alcanzar el poder sin

organización? —preguntó Phillips.

—Sindical, amplia —contestó San Vicente frunciendo el ceño para rehuir la tierra suelta que insistía en metérsele en los ojos.

—¿Los soviets?

—¿Por qué no? Los soviets. Pero soviets de todas las tendencias, soviets en los que caben todas las organizaciones políticas. Soviets electos sobre la base directa, de la asamblea del centro de trabajo.

—Eso son los soviets en Rusia.

—Sí eso eran, pero han excluido a los anarquistas, a los socialrevolucionarios.

—No fueron electos en el último congreso.

—Están siendo perseguidos.

—Han actuado contra la revolución.

—Han actuado contra la dictadura bolchevique —dijo San Vicente.

—Ustedes nunca aprenderán a aceptar la mayoría —contestó Phillips que cojeaba un poco.

En Carretero durmieron en el suelo, ni siquiera alcanzaron petate trenzado de hojas de maíz. Las losas estaban húmedas. Phillips comenzó a toser a mitad de la noche. Se puso en pie. Por una pequeña ventana a dos metros del piso, se veía la noche. Ni una sola estrella. Encendió la pipa, que se apagó enseguida. Los restos de

tabaco estaban carbonizados. Los revolvió sin mejorar el resultado.

—Sólo con centralización puede consolidarse la revolución.

—Federación libre de comunidades, de industrias de rama. Coordinación. Nada de centralización. Centralizar es quitarle la iniciativa a los productores —dijo San Vicente quien parecía dormido.

En la mañana, una nueva escolta los llevó a la estación ferroviaria de Colonia.

Phillips trató de sondear al agente que estaba a cargo de la conducción.

—¿Nos envían para el norte, para el sur, al Atlántico o al Pacífico?

—Mis órdenes son llevarlos a Manzanillo.

—¿Dónde coño queda Manzanillo? —preguntó San Vicente.

—Un puerto en el Atlántico. De ahí nos pueden enviar a California en vapor, o a Perú.

—A China, puestos al caso.

—Sí, por ese mar se va a China—dijo el norteamericano.

—China, no estaría nada mal —dijo el español.

—Y hablando de China, ¿usted piensa que allí, en una revolución nacionalista, la respuesta es un programa maximalista o una alianza antifeudal? ¿Cómo resuelve el

problema de la mayoría campesina? ¿Cree en las alianzas de clase?

La discusión se reinició seis horas después en el tren. Esposados a unos asientos de madera que les castigaban asentaderas y espalda, fumando la pipa Phillips, mientras el tren cortaba las montañas de la Sierra Madre Occidental, fue San Vicente el que tomó la iniciativa.

—Si Marx dice que el objetivo de la revolución es la abolición del Estado, ¿por qué la primera preocupación de los marxistas es el reforzamiento de éste? ¿Por qué el marxismo está a favor de las nacionalizaciones? ¿Por qué se dice que la planificación de la economía obliga a la centralización?

—Porque no se puede llegar a la meta sin haber cubierto las etapas —dijo Phillips al que el dolor de espalda no le invitaba a la metafísica.

—Menos se puede llegar si se corre para atrás —contestó San Vicente al que el paisaje boscoso estimulaba su peor mala leche.

—Para atrás y de rodillas... —insistió cinco minutos después, pero Phillips estaba dormido.

La prisión de Manzanillo no era cosa seria, además hacía mucho calor. De manera que los colocaron en un patio central al que daban sólo paredes blancas de dos metros, y los dejaron pasear sin darles más información que un «ahí nos vemos» y una sopa, casi toda agua, dos veces al día.

—¿Y usted es bakuninista, anarquista puro, de los de

Malatesta, cercano a los anarcosindicalistas españoles de la CNT o qué? —preguntó Phillips, y luego amplió—. Conocí a Pestaña en Moscú el año pasado.

—No tengo el gusto. Y yo soy anarquistasindicalista, pues. ¿No se ha dado cuenta en estos meses que llevamos frecuentándonos? A mí me gusta el chorizo y soy vegetariano, como toda la clase obrera española —dijo San Vicente medio en broma medio en serio.

Al segundo día, el oficial de policía a cargo de la deportación apareció con Natacha Michailowa esposada a su lado.

—Les traigo compañía, señores, y noticias.

Mientras Natacha y Phillips se abrazaban, San Vicente escuchó las nuevas.

—Se van ustedes a Guatemala, gracias a la señora aquí presente que intercedió en el gobierno, aun a costa de que a ella la deportaran también. Salen dentro de tres horas en un vapor que en tres días los deja en Sipacate.

—¿Y eso qué es?

—Un puerto comercial de la United Fruits, según me han dicho.

Phillips se dedicó a Natacha, San Vicente a dar largos paseos por el barco aspirando ansioso la brisa marina, contemplando angustiado las gaviotas, buscando tormentas que nunca llegaron en el horizonte.

No hubo más debate.

Veintitrés

Ciudad de Guatemala, 7 julio 1921.

Querido José, perdona que te escriba en inglés, pero quiero ser muy preciso en lo que diga y prefiero el inglés al español. El compañero que lleva ésta es de confianza y tiene instrucciones de sólo ponerla en tus manos. Hemos hecho algo de labor aquí, gracias sobre todo a San Vicente, yo no tengo méritos, que es muy habilidoso en el trabajo sindical. Ha colaborado a dar un empujón a ciertas fuerzas activas que formaron con nuestra ayuda la Unión Obrera de Guatemala, y ha impulsado sindicatos entre carpinteros y panaderos en esta ciudad. Con la colaboración de estos nuevos compañeros, cruzaremos la frontera a fines de este mes por Tabasco, de ahí trataremos de ir por la selva y luego por mar a Veracruz, donde reiniciaremos contacto con la organización.

La función de ésta es que, para cubrirnos, pases información a la prensa todo el mes de julio y días del siguiente, sobre supuestas actividades nuestras en Guatemala de las que te has enterado por el correo. Puedes para ello inventar cartas fechadas en la ciudad de Guatemala. Puedes hablar de mítines en el Teatro Imperial,

inauguración del local de la Asociación de Panaderos, y de que estamos preparando un periódico que se llamará *El obrero*. Si todo sale bien, desde Veracruz reanudaré contacto. Necesitaría casa segura para mí y Natacha en la ciudad de México, te encarezco la encuentres para la primera semana de agosto. Avisa a K, pero a nadie más. Un abrazo. Por la Revolución Social. RFP.

Veinticuatro

Desde su regreso de Guatemala, duerme todas las noches en un lugar diferente. No selecciona, no obedece a un plan preconcebido. Simplemente espera que la hora llegue y duerme donde la noche cae. En un local sindical, en la casa donde se celebró una reunión, en el interior de un tranvía dentro del depósito, protegido por los veladores del sindicato, en un parque, en un teatro de variedades aprovechando la huelga de tramoyistas, en un circo, al lado de las jaulas de los animales. Sobre tarimas, petates, camas de utilería, paja, camas de burdel. Comparte sus noches y sus pesadillas con una jirafa vieja, con una puta joven, con los hijos de un telegrafista, con su amigo el telefonista Moisés Guerrero, con Rodolfo Aguirre, con los huelguistas de La Colmena que duermen a la intemperie.

Comparte noches estrelladas y amaneceres. Usa la ropa hasta que ésta se cae y luego pide otra, la roba, la compra. Trabaja a rachas: liando puros con hojas de tabaco que camaradas le traen de Veracruz, haciendo chapuzas de mecánico, de calderero, de basurero.

Nada tiene, nada puede perder. El papel en el que escribe es prestado, son los panfletos viejos que utiliza redactando en la otra cara, bordes de tarjetas postales, de periódicos, recortes de sobras de papel que obtiene en la imprenta de Humanidad. Si alguna vez tuvo una estilográfica dorada, hoy usa cabos de lápiz que va tomando de aquí y allá. Lee una y

otra vez libros ajenos. Los toma en un lugar, una casa, una biblioteca sindical, una mesa durante una reunión, y los deja un día después en un lugar diferente: otra casa, otra habitación y biblioteca sindical, otra mesa durante otra reunión. Aparece y desaparece, reaparece. Tiene un sensor dentro de sí que le indica dónde se producirán los enfrentamientos, dónde cargará la gendarmería montada, dónde se harán presentes los bomberos para mojar a los huelguistas. Sabe también dónde serán las asambleas, los mítines, las reuniones de redacción de las decenas de periódicos anarquistas que se editan en la ciudad.

Flota, gira, llega.

A veces, parece una sombra. Es el mismo San Vicente de 1921, pero dotado de una nueva cualidad mágica. La de la presencia en el corazón de la hoguera.

¿Dónde para los ratos muertos? ¿Con quién hace el amor? ¿A qué horas sueña? ¿A dónde van sus sueños?

Veinticinco

San Vicente estaba sentado en la sexta fila del auditorio con Rodolfo Aguirre; en voz baja y sin agua va, le susurró de repente:

—«Se afirma que una cosa es imposible cuando no se la desea».

—¿Malatesta?

—Ajá —dijo el español.

—Yo también me sé algunas.

—Échelas.

—«El hombre más fuerte es el menos aislado» —dijo Aguirre quien había estado preso en 1919 con un libro de Malatesta por toda compañía.

—¿Cómo ve ésta?: «Dejad hacer a los otros lo que no podemos hacer mejor que ellos».

—Buena. Está buena. A ver ésta: «Cuidémonos bien de creer que la falta de organización garantiza la libertad. Todo demuestra que no es así».

—Yo tengo una mejor —dijo San Vicente después de pensar un rato—: «Dejemos que la masa obre como la pasión le indique».

Veintiséis

—Yo con la nostalgia pueblerina me hago muy buenas sopas —“dijo un día San Vicente. Era su manera de decir que se la pasaba por el forro de los cojones. Decía también: «Yo con el miedo hago muy buena fabada». O sea que él hacía buena comida con esas cosas con las que todos los demás hacen cuentos, poemas, novelas.

—“¿Usted, San Vicente, qué hace con el amor? —le preguntó el poeta Miguel Riera para fastidiarlo.

—Yo, lo que puedo —dijo muy ufano.

Habían estado caminando por los alrededores del Hipódromo de la Condesa y el poeta insistía en que la ciudad empezaba a estropearse, que todas aquellas modernas urbanizaciones que llevaban los pomposos nombres de Expansión Roma Sur, Residencial Condesa, Parque del Hipódromo, eran sólo asfalto sobre la tierra. San Vicente había contestado que a él esas blandenguerías provincianas ni le iban ni le venían, para luego rematar con su frase lapidaria respecto a la sopa de nostalgia pueblerina.

—¿Se ha puesto a pensar, Miguel, en que la pequeña diferencia la hace la red cloacal y la quinina? —dijo verdaderamente convencido.

—A usted le gustan las máquinas, y el humo de las chimeneas...

—Y los retretes, vamos ahí. Me gustan los automóviles y,

si me apura usted un poco y no se lo confiesa a nadie, me gustan las ametralladoras thompson de tambor con 50 proyectiles calibre 45, cuatro kilos ochocientos gramos de peso y 83 centímetros de largo.

—Esos gustos de usted no son compatibles con la anarquía, según yo entiendo —dijo Riera.

Se habían detenido para dejar pasar cuatro cabriolés con niños que volvían de una romería o una charreada; la verdad no se fijaron demasiado en la ropa, tan sólo en los caballos.

—Perdóneme Miguel, pero yo no le voy a servir de personaje de novela, ni de esos que salen sólo un rato para despistar la trama. Yo soy un hombre de transición. Estoy aquí y no estoy aquí. A veces, para cosas muy importantes, tengo explicaciones bastante bobas.

Veintisiete

Esta ciudad no es esa ciudad. Esa ciudad no es ésta. No en balde pasaron 60 años. No es ése el problema. No se trata de encontrar en el nuevo monstruo el México del 23. Ni siquiera me veo atrapado en un juego de nostalgias de cosas que no he visto, que difícilmente puedo adivinar. Se trata sobre todo de un problema profesional. Una vez que uno decide que esa ciudad no es ésta, tiene el problema de encontrar aquella ciudad. Los periódicos muestran grabados, hablan de líneas de tranvías, de grandes descampados en los que verdeaba el maíz, cruzados apenas por un estrecho camino donde sufrían los fords y los packards. Los periódicos podrán aportar el decorado, el escenario: dos manchas allá, una calle, un vendedor de pájaros con diez jaulas, elevándose sobre su espalda como una gran columna, una estructura colonial, diez tranvías en la cochera, dos hombres a caballo por mitad del paseo de la Reforma. No es eso. Es más, eso es lo peligroso. La invitación a creer que una ciudad no es el decorado. Me falta el pulso, el corazón de la ciudad, esas vibraciones en el aire, que oculta la música dominguera, los olores provincianos que aún la gran ciudad no puede ocultar. Y San Vicente se mueve así en un gran decorado, una ciudad sin alma. Y eso es culpa mía, y no de él.

Veintiocho

«...que en comisión fue enviado a averiguar que qué había de cierto en el rumor de que el Pedro Sánchez, (a) El Tampiqueño, era en realidad el peligroso anarquista de origen español Sebastián San Vicente, ya una vez deportado de la República Mexicana por subversivo. Que se hizo presente en el local de asambleas de la CGT en las calles de Uruguay, ya famoso de esa superioridad, que sin haber conocido al susodicho San Vicente y contando tan sólo con una fotografía para identificarlo, la sacó para contemplarlo y compararlo con el orador en la asamblea de los textiles de La Colmena y Barrón, ahora en huelga, y encontró un notable parecido, a más de constatar que El Tampiqueño hablaba con acento español de España y no con el que les es característico a los habitantes de ese puerto del noreste del país. Lamentablemente fue observado en el momento de sacar la foto, y a la salida del acto detenido por los obreros textiles y obligado a comérsela. Que siendo ésta la única foto del susodicho San Vicente con la que cuentan estos servicios, atentamente solicita...»

Veintinueve

Siempre he tenido aversión a los santones. Hay una cuota necesaria de cinismo que un periodista que vivió una revolución como la nuestra tiene que adquirir, preservar y encarecer a sus ojos como un amor velado y fiero. Y el cinismo se alimenta de la duda, de la incredulidad y sobre todo de la desesperanza.

Yo tenía mucho de las tres cosas cuando conocí a Pedro Sánchez, *El Tampiqueño*. Y él tenía mucho de santón, por lo menos en sus actos exteriores, para que el tipo me gustara. Además había un fraude muy burdo en esta personalidad que presentaba. Un tampiqueño no podía hablar con la c tan marcada y mordiente como él. De manera que entre nosotros no habría amor a primera vista.

Yo era un escritor fracasado, no sólo como poeta sino también como reportero, al que *El Herald* obligaba a cubrir la calle durante los movimientos laborales, que abundaban en esos tiempos, en lugar de ofrecerle a su talento una buena mesa de redacción.

Para envilecer más nuestras relaciones, yo vivía con la ayuda de una muleta de cristal de un litro de contenido, y no desdeñaba la vuelta al callejón de Dolores a sumirme en el sueño dulzón del opio, mientras que el malvado tampiqueño sólo fumaba habanos, y hasta eso, de vez en cuando y con sensación de culpa.

Oí hablar de él y lo vi un par de veces de lejos, siempre de lejos, hasta la huelga del Palacio de Hierro donde la vida, mañosa ella, nos hizo encontramos como quienes se enfrentan en una callejuela sin salida ni retornos.

Yo había tomado un taxi pretextando la urgencia y esperando que podría pasar la nota al administrador si los sucesos lo ameritaban. Tenía esperanzas en que la cosa fuera a mayores, y los cegetistas rara vez me defraudaban. Para ellos la huelga era un combate campal en que se jugaba a todo y nada el conjunto de la organización. El día anterior yo me había limitado a meter una gacetilla informando que la huelga había estallado en los Talleres del Palacio de Hierro, por malos tratos de una capataz contra las costureras. Total que al día siguiente bajaba del taxi cuando se armaba la trifulca. Los obreros cercaban la negociación y no habían dejado pasar a una docena de esquiroles; la gendarmería llegó con un camión entero y tras ella una bomba de agua que, sin causa extra, se instaló y soltó el chorro contra un grupo de mujeres que, niño en brazos, hacían guardia. Comenzaron a volar las piedras contra los bomberos y el oficial de gendarmes, José Morián, alias El Chato dio órdenes de hacer fuego contra los huelguistas. Ahí vi al Tampiqueño en acción; se desprendió de los que apedreaban a los bomberos al sonar el primer tiro y se fue con una mano en el bolsillo hacia el teniente que había dado voz de fuego.

—¿No le da vergüenza disparar contra obreros desarmados? —le gritó y siguió caminando hacia él.

—Las piedras, están tirando piedras...

—Porque no tienen otra cosa, tarugo —y se puso a un paso del teniente que llevó su mano a la pistolera. El Tampiqueño le tomó la mano con su mano libre, la otra seguía en el bolsillo, y le dijo algo en voz más baja. Los soldados se habían olvidado de los huelguistas, para ver el duelo entre aquel hombre y el teniente. Durante un instante esperé oír el tiro para luego escribir en mi cuaderno de notas cómo un obrero había sido asesinado a sangre fría por un teniente de gendarmería. Nada de eso pasó. Se hizo el silencio. Los huelguistas retrocedieron recogiendo a dos heridos, los bomberos se habían alejado bastante con la pedrea, abandonando su carro tanque y sus mangueras. El Tampiqueño se separó del oficial y sin darle la espalda se alejó oblicuamente, lo que le obligó a pasar a mi lado.

—¿Qué le dijo?

Él me miró fijamente.

—¿Para usted o para el diario?

—Para que la curiosidad no me mate.

—Que cómo se atrevía a disparar contra obreros desarmados, que si él era accionista del Palacio de Hierro.

—No, dígame la verdad, hombre.

El Tampiqueño se me acercó y mostró la mano que traía en el bolsillo de la americana donde estaba una 45 amartillada.

—Le enseñé a esta hija mía y le juré por su madre, porque la mía ya murió, que se le bajaban los humos o lo enviaba a tocarle el culo a Satanás en el infierno, con tres

tiros en la barriga.

Y sin esperar mi reacción se fue hacia el grupo de huelguistas.

Yo respeto el valor, respeto la locura, pero respeto aún más la eficacia, y el tampiqueño apócrifo me conquistó por eso. Pasaba a segundo lugar el que durmiera en los bancos del sindicato de tranviarios, el que no poseyera nada, todo lo tomara prestado y no lo devolviera al que se lo prestó sino al primero que se cruzaba en su camino, supiera de memoria casi toda la poesía de Góngora y Quevedo, o hablara inglés, español, francés y turco. Tenía además otra virtud, que no pedía ni hacía favores, imponía a través de sus actos préstamos de libros o pagos de café, el sentido por el que se debía pasear por las calles o las conversaciones que había que tener.

Aun así, nunca lo hubiera acabado de estimar si no fuera por el tono zumbón con que se trataba a sí mismo. No el tono con el que yo me trato, que mal oculta el desprecio que a ratos me tengo. Algo diferente, más difícil de explicar.

—Soy un mal personaje, un mal actor de una obra trascendente, amigo. La obra es importante, los actores somos menores, comparsas, titiriteros.

—Usted, y esto es lo que me rechinga, cree en el destino —le decía yo, tirados en el único sillón que había en mi casa, el único respetado por los usureros. Un ridículo sillón rosa con botones de nácar incrustados y que tenía un brazo para separar a los dos ocupantes.

—Yo creo que los que construyen las casas no viven en

ellas. ¿Es eso un motivo para dejar de construirlas?

—No me haga retórica, pinche gachupin —le decía yo.

—No le rehuya a la flama que trae dentro, pasquinero de mierda —me contestaba.

—Usted anda buscando la bala que lo libre de andar viviendo. Lo suyo es religión, es castigo, es penitencia. Tiene alma de cristiano de los que echaban a los leones.

—Yo vine al mundo por amor y por casualidad. Quieroirme por lo mismo: por amor y por casualidad — me contestaba—. ¿Qué tiene de cristiano creer en la casualidad?

—Los hombres todo lo estropeamos; todo. Destruimos con gracia, pero no sabemos construir —yo decía.

—Usted llega a un puerto y salen de él tres vapores. Usted quiere viajar, quiere moverse, quiere que el mundo y usted sean uno, quiere vivir. Uno de los vapores dice «A la mierda», otro de los vapores dice «A la explotación, al engaño, al capital», el otro dice «A la revolución social». O se queda en el puerto y mira a los vapores irse y sus maletas se fueron en uno sin que usted lo decidiera, o escoge y se sube.

Y así, horas y horas trenzando metáforas. Nunca trató de convencerme de nada y, cuando estaba a punto, permitía que la duda se reforzara en mi cráneo diciendo:

—A lo mejor usted tiene razón, pero para qué sirve la razón. Estamos hablando de la vida.

Nuestros encuentros eran casuales, accidentales. Una

vez, tres noches en una semana. El dormía en mi cama y yo en el horrendo sillón rosa. Otras veces pasaban dos meses y no lo veía.

Una vez, se fue después de caminar en la lluvia y pedirme prestado un libro. Nunca lo devolvió.

Treinta

Quizá lo único que has logrado imaginar con precisión de esa cosa envuelta en celofán que se llama futuro es tu funeral.

En ataúd llevado a hombros por una avenida que da hacia la playa (¿Tampico? ¿Gijón? ¿Shanghai? ¿Rotterdam? ¿Nueva Orleans?), para ser depositado en el mar y dejarlo que se hunda lentamente. Un cortejo pequeño, de amigos comprobados, con algunas banderas negras que juegan coquetas con la brisa marina.

Treinta y uno

—Me cago en la leche, un Tiziano —dice San Vicente mirando el cuadro sobre la caja de caudales.

—Se ve que usted conoce —dice el patrón de La Imperial que estaba amarrado en un sillón de brocado beige mientras lo asaltaban.

—Si no me dice la combinación voy a tardar tres horas en abrir esa caja. Es una Bereter-Zima del 18. Me va a costar trabajo —dice San Vicente dando una vuelta por el cuarto observando muebles y cortinajes. El Chato lleno de paciencia estaba sentado en el sillón gemelo del que ocupaba el patrón de La Imperial, apuntándole descuidadamente con una pistola. Ha logrado una apariencia siniestra con una máscara roja a la que se le olvidó hacerle el agujero para fumar y que consiste en un capuchón con una raya abierta para los ojos.

—Le juro que no la sé —contesta el patrón de la empresa—. Además, aunque la supiera, sólo hay allí acciones y documentos incobrables. No hay dinero.

—¿Y por qué no la sabe, si es su caja? —preguntó San Vicente.

—Se me olvidó con el miedo —dijo muy serio el hombre.

—Vamos a hacer algo para abrirla y para sacar la nómina de la fábrica de las dos últimas semanas, que usted tiene ahí

desde que empezó la huelga y que sólo usa para pagar esquirols y para darle dinero al jefe de la Montada de manera que joda a los huelguistas. Vamos a hacer algo. Vamos a inyectar gasolina a través de la puerta con una jeringuilla, y luego vamos a incendiarlo todo, incluido su Tiziano. Como decía el loco del pueblo, «si no es pa'mí la iglesia que no sea pa'nadie», y la quemó todita.

—Está usted loco, señor.

—Amigo —le dijo San Vicente al Chato—, tráigase los ingredientes.

—Si me jura que no entrega ese dinero a los trabajadores de la fábrica, le digo la combinación.

—¿Ya se acordó de ella? —preguntó San Vicente mientras simula que el Chato le pasa una jeringuilla y de espaldas al dueño de la fábrica manipulaba la caja.

—Ya, ya la sé. Usted júreme...

—Carajo, usted no sólo no se merece el Tiziano, ni siquiera se merece que nos vayamos de aquí y lo dejemos sano.

—Seis a la derecha... —dijo el dueño de la fábrica mientras San Vicente apagaba con cuidado el mechero que había encendido ostentosamente, no vaya a ser que se queme el cuadro, que no tiene la culpa de nada.

Treinta y dos

Hay 52 San Vicente y 31 Sanvicente en el directorio telefónico de la ciudad de México. Eso no quiere decir gran cosa; hay 39 páginas de Sánchez en letra apretada de 6 puntos, y no me he atrevido a contar los González o los Pérez. De manera que empecé temprano y en domingo.

—Perdone, ¿hablo a la casa de la familia San Vicente?

—Sé que le resultará muy extraño, señora, pero mire usted, soy escritor y estoy tratando de reconstruir la historia de un señor, Sebastián San Vicente, que vivió en la ciudad de México allá por los años 20.

—No, de Gijón, España.

—¿De Torreón, sus abuelos? No, muchas gracias. ¿Que su abuelo estuvo en la revolución? Sí, pero fíjese, el San Vicente que yo busco...

Treinta y tres

(Transcripción de las actas)

Punto siete de la orden del día. Asuntos generales. Sánchez propone que, junto con la educación racional, se adopte como principio de vida social y cultural en los sindicatos la gimnasia sueca. Intervienen Casto, Pedro y Cervantes, Luis oponiéndose por considerar que no tienen la misma importancia una cosa que otra. Sánchez se quita chaqueta, chaleco y pantalones, y en camiseta y calzoncillos hace demostración. La asamblea vota en contra por 11 votos a 2 (el de Pedro Sánchez y el del que esto escribe, secretario de actas). En protesta por la desconsideración de los presentes ante los argumentos presentados, Sánchez y García, Pedro, abandonan la asamblea en camiseta y calzoncillos para seguir mostrando las virtudes de la gimnasia sueca en la entrada del local a los trabajadores paseantes. Se transfieren las actas a Cervantes, Luis.

Salud y Revolución Social

Pedro García (rúbrica)

Treinta y cuatro

A la superioridad correspondiente:

El agente Marcial Ramos Mejía, ascrito a la delegación Vil de esta capital, y a petición de su superior, el cap. Leonardo Márquez Lacroix, informa a la autoridad correspondiente del azunto sucedido en el día de hoy entre las cuatro y las cinco y media de la tarde.

El suscrito había sido comisionado junto con otros nueve agentes de su grupo para mantener vigilancia sobre el local de la Confederación General de Trabajadores ubicado en las calles de Uruguay número 27, a la espera de que por aquel lugar se hiciera presente el español suversivo José San Vicente se dice Sebastián San Vicente alias Pedro Sánchez alias El Tampiqueño al que se busca porque ya a sido deportado de México y a regresado a seguir con sus actividades ilegales según nos informó el capitán. A eso de las cuatro de la tarde nos aposentamos en el lugar de los hechos y discretamente sostuvimos la vijilancia. A eso de las seis vimos entrar al mencionado sujeto junto con algunos anarquistas del gremio de tranviarios ya fichados en nuestra delegación. La identificación, realizada por el firmante y dos de los agentes que lo acompañaban (números 1103 y 876), fue positiva porque se nos habían proporsionado fotografías del susodicho en la época de su espulsión. No tardos ni perezosos, como se suele decir, pasamos comunicación a la delegación sétima, que nos envió dos camionetas con 24

gendarmes armados. Así, el grupo que comandaba en la ausencia de mi capitán a quien no encontramos en ese momento, hizo interrupción en el local sindical citado subiendo las escaleras y derribando la entrada, se dice la puerta. Se celebraba una asamblea de la Federación Tranviaria en el local a la que estaban presentes no menos de doscientos se dice trescientos miembros de esa. Al momento de nuestra entrada y a pesar de que señalamos debidamente que levantarán las manos, se avalanzaron contra nosotros muchos de los presentes, más que con el ánimo de agredir con el de hacer bola para dificultar nuestra misión puesto que uno de los agentes de la delegación (No. 1123) devisó como el mencionado San Vicente se metía en un baño se dice por una puerta que luego supimos era la de un baño. Nos abrimos paso después de un rato de forcejeo con los presentes (aparte lista de los sindicalistas y los agentes que resultaron lesionados) y el que escribe el reporte perdió una hebilla del cinturón y le abrieron una ceja pero sin tener que hacer uso de nuestras armas de fuego tal como se nos había ordenado. El que escribe fue el encargado de descerrajar la puerta del baño que se encontraba cerrada por dentro como antes pudo comprobar, y fue su sorpresa el descubrir que no había nadie dentro y que el San Vicente se había desaparecido. Es el baño, una pieza de un metro y medio por un metro de ancho con una taza excuzado y un lavabo y se aya en notable estado de suciedad. Tiene por toda ventilación una bentanuca de veinticinco (25) centímetros de ancho y quince de alto situada sobre el excusado. La bentanuca por estar el local en un tercer piso da a un patio interior. Se hicieron pruebas

para ver si alguien podía salir por ese espacio comprobándose que era imposible. Visto lo cual se castigó al agente (No. 1123) que había dicho que el San Vicente se había ocultado en el baño, aunque éste se defendió diciendo que la puerta estaba cerrada por dentro. Dado que la puerta del local había sido vigilada por varios gendarmes y nadie había salido y que se hizo un minucioso registro de los presentes, nada queda por añadir al informante. Marcial Ramos Mejía (No. 978).

(Al pie manuscrito en lápiz: «Rebajarlo a gendarme por pendejo» y una firma ilegible)

Treinta y cinco

Él estaba limpiando sus dos armas. La browning calibre 25 automática pavonada y el colt pólice special calibre 32-20. La primera se la habían regalado en Atlixco, el segundo lo había conseguido en un canje con el dueño de una armería del centro; había reparado la caldera que daba calefacción al edificio, y el dueño le regaló el revólver. Las limpiaba una vez por semana, poniendo las partes sobre una gamuza y aceitándolas.

Sobre la mesa de madera, donde se presidían los debates, había quedado al lado de la gamuza un plato con los restos de la comida. Una línea de hormigas circulaba entre el tambor del revólver y las balas sueltas transportando miguitas de pan. San Vicente las miraba sonriendo mientras aceitaba sus armas.

Treinta y seis

Él aprovecha las gotas de lluvia que se deslizan por la ventana para, tomándolas con los dedos, peinarse. Ella cruza la calle, llorando, dos pisos más abajo, tropezando con los que caminan en sentido contrario, titubea, acelera el paso saltando un charco, busca con la mirada la ventana del segundo piso y casi la atropella un packard verde del que salen gritos y carcajadas. Él abandona la ventana donde la ha estado esperando dos horas, y entra en el baño; se lava las manos meticulosamente, para despojarse de los últimos resquicios de la grasa del motor en el que ha estado trabajando, luego va hacia la puerta. Cuando la abre ella, ya está ahí, esperando; hunde la cabeza en su chaleco y se lo moja de lágrimas y de lluvia que trae en el pelo. Él trata de verle los ojos, pero ella los esconde, clavándolos en el botón superior del chaleco gris. «¿Por qué no podemos ser como los demás?» dice ella, pero él no escucha bien lo que fue dicho en un susurro, y entiende: «¿Dónde están los demás?»; por eso contesta: «¿Cuáles demás?». «Los otros», ella le dice, «cualquier otro», insiste. Él no entiende, y le ordena los rizos aplastados por la lluvia que le cubren la frente, mientras cierra la puerta con la mano. Ella repite: «¿Por qué no podemos ser como los demás?». Él se da cuenta de lo que había querido decir, y le contesta: «Sería todo terrible». Pero se da cuenta que hay algo más que retórica de derrotados en la frase, y la mira con cuidado. Ella se mete dentro de él, se cobija, hunde el pelo bajo la nariz

ganchuda, que se llena de olor a lluvia, sin querer. De pie en la entrada del cuarto, alumbrado por una lámpara de petróleo que apenas si ilumina tres metros de diámetro y de mala manera, parecen un par de incómodos actores a los que se les ha olvidado el papel y esperan el soplo de la voz del apuntador que los devolverá a la magia de la escena y al momento de los aplausos. Él acaricia la espalda de ella y siente cómo su cuerpo se curva por el dolor. «¿Qué pasa?», le pregunta, y ella deshace el abrazo y camina lejos del halo de luz hacia el catre donde duerme San Vicente, ahora cubierto por periódicos sobre los que hay llaves de tuercas y tubos de cobre. No puede dejarse caer sobre la cama y se sienta en una esquina. Ha quedado lejos de la luz, y él adivina a la mujer, borrosa sobre la cama, que llora moqueando. Con la lámpara colean en la mano se acerca y comienza a quitar cuidadosamente sus materiales de trabajo, poniendo los periódicos en el suelo y sobre ellos soldadura, piezas de la máquina, una tuerca herrumbrada. Ella aprovecha el espacio liberado y se estira sobre la cama, sus botas se enredan en la sábana y la manchan de barro; los bordes de la larga falda negra están gastados, entre ella y una bota, la media blanca tiene un zurcido, el chal negro está remendado. La apariencia se desgasta, no ante el uso, sino ante la vista. En la blusa blanca hay dos rayas sanguinolentas que se estremecen mientras ella, con el rostro hundido en la almohada, solloza. Él va hacia la cocina dispuesta en una esquina del cuarto y toma de un hornillo de petróleo una cafetera, sirve agua en un tazón de café vacío y toma un trapo de la mesita de dudosa limpieza. «No rompas la blusa, es la única que tengo», dice ella, «se puede

lavar bien», y sin mirarlo la desabrocha de espaldas al hombre. Él le ayuda a desabrochar los botones de las mangas y a quitarle la blusa, despegándola cuidadosamente de la parte ensangrentada. Los pechos de ella abundantes y puntiagudos se bambolean libres. En la espalda tiene dos heridas, dos rayas en cuyo centro la piel se ha roto y la sangre se muestra. «¿Quién mierda te hizo esto?» pregunta el. «Que importa» le dice ella. Él moja en el tazón el trapo de cocina y limpia con cuidado las heridas, se muerde los labios, un par de lágrimas le salen de los ojos y ruedan por el rostro antes de caer en el tazón.

Treinta y siete

A petición de su amigo José Rojas, un día que duermen en la estación de tren, mientras llueve monótonamente, se levanta el olor de la yerba húmeda y un par de perros se les acercan para compartir el calor, San Vicente recita a Calderón de la Barca, porque se sabe todos los monólogos de Segismundo en La vida es sueño. Enteritos.

Treinta y ocho

La noticia la trajo un cojo, al que se lo había dicho un niño que estaba de espía frente a los talleres de Indianilla: ¡Los tranvías estaban circulando manejados por esquiroles y con escolta militar! Un rugido saltó de todos los puntos del auditorio y siguió por los pasillos, las escaleras y la calle de Uruguay donde se habían concentrado más de dos mil cegetistas, entre ellos más de un millar de tranviarios en huelga. San Vicente no esperó a que el grito terminara y, con su eco, bajó las escaleras corriendo. Traía un uniforme azul de trabajo y una gorra de ferroviario que le cubría el rostro hasta las cejas. Cuando salió del edificio, un orador, desde una de las ventanas del salón, arengaba a los trabajadores que cubrían las aceras y buena parte de la calle. San Vicente caminó hasta los rieles del tranvía que pasaban a menos de diez metros del local sindical y se sentó sobre uno de ellos. Tenía la mano en el bolsillo y acariciaba el cañón de la pistola, insensible al dolor de un metal que le ardía en la palma de la mano. Eran las once y cuarto de la mañana, bajo un cielo nublado. El primer tranvía, un moto carro con número 798 y un remolque, había salido de los talleres a las once, pasando por la Plaza de Armas minutos después. No llevaba pasajeros porque nadie se había animado a hacerle la parada. Iba conduciendo un esquirol y traía como escolta ocho soldados, indios yaquis de un batallón de línea de la

guarnición de la plaza, armados con mausers. A las once y dieciocho dio la vuelta en las calles de Uruguay.

San Vicente sacó la pistola y se puso en pie en mitad de las vías. A su lado había una docena de tranviarios. El moto carro disminuyó la velocidad, y uno de los yaquis disparó contra los hombres que bloqueaban el paso, los que no se movieron. El tiro fue alto. Con el tranvía frenado, volaron las piedras y saltaron los cristales. La escolta respondió disparando: una bala de mauser perforó un Quijote de dos tomos de la librería de enfrente del local; una esquirla de piedra amputó un dedo de un hilandero de 16 años que estaba apoyado en la pared a tres metros de la puerta del sindicato. San Vicente amartilló la pistola, pero no fue él el primero en actuar. Un tranviario, Roberto Echegaray, tomando impulso saltó a la ventanilla de la máquina y forcejeando le quitó el mauser a un soldado; luego lo disparó sobre el esquirol que conducía. San Vicente saltó por la puerta contraria. Volaron los disparos de rifle dentro del tranvía. El español descargó seis tiros seguidos sobre los soldados, hiriendo a tres. Los cristales del vehículo se destrozaron lanzando astillas que cortaron rostros y manos de un grupo que se había aferrado a las ventanillas tratando de volcar el tranvía. Cuatro soldados salieron corriendo por la puerta de atrás, pero se encontraron embolsados por una multitud que les quitaba los rifles y las cartucheras y los zarandeaba. En la esquina aparecieron nuevos tranvías, tres al menos, todos ellos con escolta. De la multitud salieron disparos de rifle y de pistola para recibirlos. Los soldados se parapetaron en la esquina de Uruguay y Bolívar haciendo una barricada con uno de los tranvías en que venían y un

carro de caballos que transportaba carbón y que se había quedado detenido. Los cegetistas desde los portales hacían fuego cada vez que un soldado aparecía. No se podía hacer lo mismo desde el local sindical porque se tenía que asomar mucho el cuerpo por las ventanas para poder tirar y no era el caso. Sin embargo algunos compañeros saltaron por las azoteas y desde ahí hacían fuego con dos mausers de los que les habían quitado a los soldados del primer tranvía. Durante más de 10 minutos, se intercambiaron disparos de fusil. Había corrido la voz de que no se usaran las pistolas hasta que los soldados intentaran cargar, por eso el tiroteo era esporádico y la mayoría de los trabajadores permanecían ocultos en el local o en los portales vecinos. Por la esquina contraria se había levantado una doble barricada con sacos de café de un comercio.

De repente, todo cambió. Arnulfo González, el comandante de la plaza, apareció por San Juan de Letrán con doble fila de tiradores de la gendarmería que trataron de avanzar a paso de carga. Desde el edificio y los portales dispararon al menos un centenar de pistolas al mismo tiempo. En las ventanas del segundo piso, un grupo de telefonistas encabezado por Flora Padilla, Arturo Royo, Moisés Guerrero y los hermanos Alcalá, probó su puntería. Varios gendarmes cayeron, el resto retrocedió en desorden.

Por las azoteas, por la calle cuya salida estaba libre, los que no tenían pistola salieron huyendo. La defensa de la calle y el local quedó en manos de unos trescientos obreros, casi todos ellos armados. San Vicente aprovechando el caos, avanzó con Clemente Mejía, alias Loba, Ramón Estrada, alias

El Zorrillo, y José Salgado, alias El Abuelito, tres tranviarios, hacia la barricada de los gendarmes; iban aullando y disparando. Los gendarmes ante la carga retrocedieron una calle. Ahí el fuego de los fusiles detuvo a los cegetistas.

Con las dos barricadas en sus manos, los cercados obreros tuvieron un respiro. San Vicente fue corriendo hasta el local. Durán, de los hilanderos, y Moisés Guerrero del Palacio de Hierro parecían haberse hecho cargo de la defensa.

Esto es cuestión de municiones. No vamos a poder conservar mucho el local —dijo Durán.

—¿Y si retrocedemos por las azoteas? —propuso San Vicente.

—¿Y luego qué?

—Luego la huelga general.

—La huelga general ya está convocada, los que estaban desarmados y se fueron la van a hacer correr por las fábricas.

—No, pues esperar.

—Cuando no se puedan resistir las barricadas, todos al edificio, de ahí aguantamos un rato más; pasa la voz.

Y sí, una segunda carga de la gendarmería fue detenida, pero los que estaban en las barricadas tuvieron que abandonarlas por falta de municiones.

Durante una hora los soldados progresaron sobre el edificio mientras cuidando cada bala, de las ventanas se

respondía a cada tibia progresión de las filas enemigas.

San Vicente apuntó cuidadosamente a un oficial de gendarmería que daba indicaciones con gran aspaviento a dos soldados y disparó. La bala perforó limpiamente la mano del tipo que se dejó caer al suelo. «Yo le había apuntado al hombro» se dijo San Vicente. Había sido su última bala.

—¿Alguien tiene balas de 45 que le sobren? —preguntó.

A su lado Riverol, un herrero, le sonrió.

—Yo les estoy apuntando sin bala desde hace rato. Me hago la ilusión.

Desde la ventana, se veían los movimientos de la gendarmería para la próxima carga. Si no había balas, pronto estarían en las escaleras. Ahí con ladrillos y bancos, con dos o tres tiros, se les podía detener un buen rato.

—Antes de que carguen vamos a rendirnos. Allá arriba nos quedan diez tiros para cuarenta compañeros —dijo Moisés Guerrero que venía del piso superior—. ¿Alguien tiene por ahí una camisa blanca para hacerla bandera?

—Nos rendimos un carajo —dijo el negro Orestes, un veracruzano que trabajaba en una lavandería.

—¿Cuántos tiros tienes?

—Dos

—Bueno, pues tíraselos, y ya, porque poco se puede hacer.

—Vaya mierda —dijo San Vicente.

Las blancas enaguas de Magdalena Hernández sirvieron de bandera de rendición. Los hicieron pasar por una fila doble de gendarmes que les daban con las culatas. Doscientos cuarenta y seis detenidos. Luego los subieron a unos autobuses que el coronel de la gendarmería había requisado, y los llevaron a la delegación VII. Allí los enlistaron. San Vicente dio su nombre falso “Pedro Sánchez”, y el oficinista que lo anotó pareció no darle la menor importancia.

La gendarmería había tenido 6 muertos y 72 heridos; los obreros un muerto, el tranviario Manuel Roldan y once heridos. El local había sido arrasado después de su detención. La huelga general estalló pero aislada en las fábricas textiles del sur de la ciudad, y en teléfonos y los talleres del Palacio de Hierro. Los tranvías, en cambio, siguieron circulando con esquirols. Una intervención del ministro de Hacienda, Adolfo de la Huerta, logró la liberación de los detenidos. Así como los metieron a la delegación policiaca, 72 horas después los pusieron en la calle.

Treinta y nueve

Un amigo, un compañero, le dice:

—Sebastián, los hombres normales se enamoran una vez en su vida de una puta, los idealistas se dedican a regenerarlas; pero tú, no tienes suficiente con eso, tenías que organizarías.

Sebastián San Vicente contesta algo sobre el derecho de todos a la vida, y la organización como el camino para hacer valer su derecho. Su amigo, su compañero, le alcanza un taco de carne de puerco con verdolaga. San Vicente lo mira antes de comerlo. Ése es su único defecto ante la comida mexicana, tiene que mirarla antes de comerla, observarla bien para metérsela a la boca. No importa lo que vea, de todos modos, lo va a comer, son tiempos de hambre y él no tiene remilgos. ¿O si tiene? Un breve remilgo que consiste en mirar atentamente lo que va a comer. Y mientras mastica, Sebastián le dice a su amigo:

—No las llames putas. Ahora son compañeras.

—Compañeras putas —dice su amigo, que resulta incorregible.

Cuarenta

San Vicente dice:

—Usted sabe que esto no es Rotterdam. Pero lo sabe porque su memoria se lo dice. Olvide un instante su memoria. Olvide que no conoce Rotterdam y que en cambio conoce muy bien esta ciudad porque aquí se crio desde muy niño. Hágame caso. Un instante nada más. Dígase: Estamos en Shanghai, estamos a punto de desembarcar en Boston. Ese hombre que está ahí no tiene sombrero de palma, es negro, trae la cabeza descubierta; no hay este sol de cojones tan poco aristotélico, estamos en Ciudad del Cabo. ¿Ve? ¿Me entiende? ¿No lo siente en la sangre? Es aleatorio, es accidental, sólo es paisaje. No caiga en la trampa del paisaje, no permita que el paisaje lo confunda, nuble sus emociones, sus sentimientos. No envilezca su capacidad de comprensión racional, no deje que la enturbie esa mujer tuerta que nos está mirando y que se llama Concha López. Es una griega y se llama Lydia, y no es tuerta, es una bailarina de esas de los siete velos de cojones de un bar del Pireo. No se deje engañar. Pase usted por la vida, quitándole el paisaje. No, las personas no las quite. No es ése el punto. Sin personas no hay nada, sólo sombras. Las ideas sin personas son mierda; son sombras de mierda, tristes meados en una farola. No, no es eso lo que quería decir. Quería decir que es lo mismo; que el paisaje no debe nublar las sensaciones de uno, la

capacidad de vibrar con la más mínima injusticia, vibrar hasta ponerse al borde de la locura, hasta que salga sangre de los labios, hasta parecer, como ellos dicen: un perro rabioso... Qué le importa el paisaje a un perro rabioso, diría el enemigo, y tendría razón. ¿Ve?

Cuarenta y uno

—¿Pero este hombre existió o no existió? —pregunta Marco Antonio Jiménez, mi editor, que es un desconfiado.

—Claro que existió.

—¿Pero como tú lo cuentas?

—Más o menos, verdades más verdades menos. Detalles.

—¿Detalles de verdad?

—Bueno, ¿lo vas a publicar o no? ¿Qué chingaos importa que haya existido exactamente así, que sea de ese color el traje o de otro?

—¿Pero existió?

—Claro que sí.

—Ah, bueno.

Cuarenta y dos

¿Cuántos amigos jorobados tiene usted? Yo ninguno. Usted tampoco, ¿verdad? Ya lo decía yo. Ése es el problema. Nadie tiene amigos jorobados. El mamón de Víctor Hugo se encargó de que todos pensarán que los jorobados se enamoran a lo pendejo y son buenos y un poco babosos. Nadie quiere un amigo así. Y nadie quiere a un jorobado si se llama Leoncio del Prado y Jiménez, aunque trabaje gratis y dé servicios a un burdel. De manera, que yo no tenía más que tres buenas relaciones en el mundo, porque para amistad, lo que se dice amistad, no daban: un bibliotecario ciego, el perro de la esquina y una puta medio ida del cerebro a la que le decían «La Calambres». Digo todo esto para que vea que ni tengo amigos, ni hago amigos, ni dejo que me hagan.

Como quien dice, no soy un hombre fácil para esto de la amistad, y San Vicente no lo hubiera logrado, ni siquiera él, si no fuera porque me dio pena de ver cómo andaba ese día: con un ojo cerrado y amoratado, la ceja abierta con una herida sangrando como de tres centímetros, tres costillas rotas, meando sangre por las patadas que le habían dado en el riñón y un dedo del pie que miraba para el lado equivocado de la pinche fractura que traía; todo eso y durmiendo entre dos camas, en el suelo, sobre una alfombra raída, mientras el par de cabronas aquellas se echaban un sueñazo chingón en los colchones.

Puse manos a la obra y remedíé el asunto luego.

— ¡En pie, culeras, o me las cojo a las dos al mismo tiempo!

La amenaza fue suficiente y al rato tenía para San Vicente las dos camas libres.

—Gracias compañero —dijo San Vicente mientras le vendaba las costillas y le ponía una faja de la patrona arriba de las vendas. Y luego dijo:

—Se ve usted inteligente, mucho me equivoco o esa chispa en la mirada indica que sabe usted bastante de la vida, ¡ay carajo!, porque la inteligencia no es un don como andan diciendo muchos rastacueros por ahí si no, coño duele, un cultivo. Apostaría que usted ha leído algo de Malatesta.

—Muévase tantito para la derecha, la mía no la suya. A Malatesta, a Bakunin, a Most, a Kropotkin, a Grave, a Flores Magón y toda la colección del suplemento de La Protesta, enviada personalmente a mi nombre desde Buenos Aires y que no presto porque no la devuelven y las putas se limpian el ojete con ella, y no nacieron tan divinos textos para tan pobres ojetes.

—Lo sabía, ay, lo sabía, ay ay —dijo San Vicente, que era estoico pero no tanto y le debería estar doliendo un huevo el que yo tratara de enderezarle el dedo del pie fracturado.

—Se lo digo de una vez, porque a lo mejor luego no tenemos oportunidad de hablarlo —dijo muy serio, y yo suspendí el tirón definitivo para dejarlo lanzarse su speech—

Se puede ser jorobado, narizón o asturiano, eso es aleatorio, lo importante es que se piensa, todo lo demás es apariencia, forma etérea, accidente del destino, casualidad.

—Eso ya lo sabía —le contesté.

—Perfecto, uy uy uy. Entonces ya no tenemos que andar fingiendo: usted que es jorobado y yo que tengo una hernia umbilical y los pies planos. Podemos movernos más allá de esas cosas.

—Buena base para una relación, caballero —le dije.

—Caballeros los que tienen caballo, compañero —contestó.

Lo dejé dormitando y salí a organizar un sistema científico de alarma, que comprendía los tres pisos del burdel, la calle entera y varias cuerdas aledañas. Para eso me pinto solo, porque si bien nunca pido favores, todo el rato los estoy haciendo. No en balde soy el único jorobado con diploma de medicina de la Sorbona, que atiende gratis en la Colonia de la Bolsa, que practica el aborto social, la cura al perseguido por hecho de sangre, la vigilancia del abuso venéreo y la medicina naturista barata; además de la higiene preventiva, la venta de preservativos sin ganancia, la curación de infecciones y afecciones cutáneas y el método Prado para resolver adhesión incontrolable a la droga y al alcohol; donde si el paciente no muere, cincho que se salva para el resto de sus días libre de vicios.

San Vicente durmió 26 horas seguidas sin ayuda del láudano, y cuando despertó tenía congregado ante su cama a un grupo bastante heterogéneo del personajero que

habitaba en Casa Concha, a saber: yo, el perro, mi amiga La Calambres, dos putas gemelas suizas llamadas por los usuarios «Las Iguales» y la mismísima doña Concha que quería saber cuándo podía recuperar el cuarto de dos camas.

—No se preocupen por mí, en seguida me voy, y les agradezco el asilo que me dieron —dijo de inmediato San Vicente.

Mi amiga La Calambres hizo uno de sus números más festejados en ese momento: con sólo un movimiento muscular se sacó un pecho al aire. San Vicente lo miró atentamente y sonrió.

—Admirable pechuga, señorita, es un placer verla.

—No, si no se tiene que ir, Sebastián. Usted sabe que aquí está en su casa —dijo doña Concha, que no solía ser así con los invitados—. Pero necesito que se mude a la buhardilla, para que las muchachas puedan usar su cuarto.

Lo envolvimos en la alfombra y, entre todos, inclusive el perro, lo transportamos dos pisos más arriba, a un cuarto que se usaba poco desde que el general Murguía se había levantado en armas fuera de tiempo y lo habían fusilado. Un cuarto que el segundo de Murguía, el coronel Torres, también fusilado, había decorado a su gusto: paredes negras y cama blanca con dosel. Demasiado fúnebre para los clientes normales.

—Bien, ha llegado la hora de las presentaciones —dijo San Vicente cuando la corte que se había reunido para transportarlo se retiró, dejándonos a solas. Una pequeña brizna de sol entraba por un resquicio del cristal de la

ventana al que se le había caído la pintura negra.

—Doctor en medicina Leoncio del Prado y Jiménez, nativo de Zacatecas.

—Sebastián San Vicente, mecánico naval, originario de Gijón.

—Ya había oído hablar de usted por estos rumbos, tiene usted muchas amigas entre las señoritas que trabajan en este antro... ¿Algo de comer?

—Doctor, me siento obligado a decirle que no tengo un peso, y que no pienso tenerlo en un par de semanas, y que además no me siento obligado a pagar deudas por alimentación, porque las entiendo como una obligación entre humanos.

—Así lo entiendo yo también —le dije, y me fui a conseguirle un caldo de gallina a un comedero que estaba a dos cuadras del burdel, donde el dueño me servía gratis después de que le quité una sarna perniciosa que no sólo lo traía jodido, sino que le estaba ahuyentando la clientela.

Con la taza de caldo entre las manos, San Vicente parecía prestarse al interrogatorio.

—Perdone si me inmiscuyo en su vida, pero la curiosidad mató al gato como dicen. Sé que resulta igual preguntarle a un hombre como usted, cómo lo hicieron cagada, que preguntarme a mí por qué soy jorobado. Usted dirá: «El destino», al igual que yo, pero...

—¿Quiere saber doctor o me quiere explicar?

—Para meterse en La Colmena, la CROM no encontró mejor manera que alquilar a un grupo de desocupados, ex policías, despedidos de El Oro, y los puso bajo el mando de un amigo de Álvarez, un marrano dirigente sindical de la Federación del DF, que ellos mismos habían mandado alejarse porque se había aficionado a las drogas y ya ni les servía para oficinista. Le dijeron: «Reconquista La Colmena y te damos tu lugar de nuevo», un tal Macías, gordo. Ése fue juntando a la banda, les dio dinero, un par de pistolas y los animó. Luego habló con los Barrón y les garantizó que él les limpiaba la fábrica de anarquistas, y los Barrón felices porque ni dinero tenían que poner en el asunto, bastaba con que hicieran el ojo para otro lado y avisaran a la policía cuando hiciera falta. De manera que empezaron los problemas. Primero la empresa contrató a media docena de los tipos que le surtía el Macías, y éstos comenzaron a provocar en los talleres... Y nuestra gente que es cualquier cosa menos paciente, enseguida llegó a las manos, y entonces comenzaron a producirse tiroteos a la salida, golpizas a compañeros sueltos, una huelga en respuesta y un ataque a los guardias, despidos y así. Por eso me tuve que meter. Además tenía que ser alguien como yo, de afuera, que no involucrara a los compañeros en problemas; que llegara, hiciera lo que había que hacer y desapareciera.

—¿Y qué hizo?

—Cualquier cosa. No me mire con cara de admiración, doctor, porque me pongo nervioso. ¿Usted sabe lo que es el valor? Seguro, usted lo sabe bien. El valor es hacer lo que dicen que uno no tiene que hacer cuando dicen que no hay

que hacerlo, y luego atenerse a las consecuencias. El valor no tiene nada que ver con el miedo. El miedo anda con uno para siempre, es buen compañero. El miedo impide que uno se vuelva loco y haga tonterías, el miedo impide que todo sea gratis, es el miedo el que da a los actos importancia, el que hace responsables las situaciones. Si no tuviera miedo, sería un loco simpático...

—¿Qué hizo entonces?

—Fui al lugar donde Macías se reunía con sus amigos, arriba de una piquera en Tlalpan, en un segundo piso. Entré y le dije...

—¿Qué les dijo?

—Nada, coño, qué les voy a decir... Eran siete contando al Macías. ¿Qué les iba a decir?: «Ya llegó el representante del proletariado, maricones... » o «¿No se dan cuenta que, siendo ustedes hijos de la clase obrera, están destruyendo su futuro actuando así para una organización amarilla salida de la patronal?». Les dije: «Buenas noches, me dijeron que ustedes me podían dar un trabajo». Y me contestó Macías: «¿Qué trabajo?». Y yo, viendo que estaba cerca de la ventana, le dije: «El trabajo de...» y sin más lo empujé. Pero el gordo era gordo y fornido y no se dejó caer así como así. Entonces le di un empujón de verdad y se fue rompiendo cristales y todo, dos pisos para abajo...

—¿Y qué le hicieron los compañeros?

—No, ellos nada.

—¿?

—Porque el gordo Macías no se quería ir solo y, cuando estaba cayéndose, me agarró de la chaqueta, y me llevó los dos pisos con él. Afortunadamente el cayó abajo y yo encima; de todas maneras, doctor, como habrá visto, no le recomiendo a nadie caer dos pisos, ni siquiera arriba de un gordo.

—¿Y el gordo cómo quedó?

—Doctor, si tiene usted intenciones de curarlo, más vale que saque de su arcón otros diplomas además del de la Sorbona, porque cuando salí, no estaba en muy buen estado... ¿Yo qué sé?, supongo que se murió. Y con eso se acabó este capítulo de la historia de La Colmena, porque nadie va a lograr reunir a su grupito sin el gordo dándoles música para que la bailen y poniendo los billetes y la euforia...

¿Cómo sabía San Vicente que yo guardaba mi diploma en un arcón?

Durante los siguientes días me dediqué a curarlo y a averiguar si teníamos afinidades mayores: no jugaba ajedrez ni bridge, ni creía en la suerte; le gustaba la música pero no sabía tocar la guitarra. Conocía las obras de Shakespeare, pero no los sonetos; sabía mucha geografía, bastante historia, pero nada de ciencias naturales; era versado en mecánica, hablaba inglés, un poco de francés, un poco de alemán y, vaya usted a saber por qué, un poco de tagalo. Era un fanático del cine y auguraba que cuando se volviera sonoro, de colores y de larga duración, sería el espectáculo más importante del mundo.

En esos días, tuve oportunidad de estudiar su relación con las mujeres. Era extremadamente directo, aunque suave en el trato, un poco dulzón, no meloso, empeñado en dejar todo claro (era joven, le faltaba experiencia, ¿cuándo puede quedar claro todo?) antes de dar el siguiente paso. Quizá lo que hacía que mis vecinas lo adoraran es que les daba trato de princesas de cuento de hadas. Yo lo observaba, tratando de aprender de su instinto. Una vez me dijo:

—Doctor, su relación con las mujeres tiene que cambiar. Si usted deja de pensar en ellas como cosas, algunas de ellas, las mejores, dejarán de pensar en usted como jorobado y lo mirarán como yo lo veo, como un ser humano más, bastante buen médico, muy culto y simpático.

Seguí a rajatabla su consejo durante los últimos años. Nunca dio resultado, pero era tarde para reclamarle a San Vicente, porque un día salió a comprar cigarrillos y desapareció de nuestras vidas.

Cuarenta y tres

—La ilegalidad tiene que ver con toda la vida —dijo él—. Pero siempre hay que hacer ilegalidad de muchos, de multitud.

—El principio es vivir fuera de las leyes. Uno, vivir uno fuera de las leyes —le contestó su amigo José Rojas.

—No, no tengo nada en contra de asaltar una joyería para darle fondos a la organización. Lo único que creo es que esos fondos le pueden salir muy caros a la organización si lo descubre la policía —dijo San Vicente—. Por lo tanto la ilegalidad de uno tiene que medirse por los perjuicios que pueda causar a los demás —y con esto dejó zanjado el problema, y no volvió a hablar más de él.

Cuarenta y cuatro

San Vicente descubrió que el cerco se iba estrechando. Fue un problema aritmético. Cada vez más soplonos en las reuniones amplias a las que solía ir. Una luz en la ventana de baño de una casa indicando peligro; dos gendarmes afortunadamente dormidos en el quicio de una puerta por la que salió; amigos que le contaban que sobre él se andaban haciendo preguntas, una nota en un diario informando que «el peligroso anarquista» había sido visto; un rostro a mitad de una manifestación que no tenía buenos deseos; ciertas huellas de recelo en una casa donde lo habían invitado a comer (nada hosco, nada agresivo, sólo la mirada del obrero textil hacia la puerta más veces de lo debido). En fin, era eso. Aritmético. Pero también era otra cosa. Un no sé qué en el aire, diría su amigo el poeta. Un sé qué en el aire, diría San Vicente, más perspicaz en esto de las señales que se encontraban en el ambiente. Como si hubiera miedo, como si fuera a llover y el aire durante un instante se cargara de electricidad, se hiciera un poco más denso; como si en la noche alguien estuviera llorando en una esquina lejana.

Por eso, esa vez decidió dormir en el circo Krone, rodeado por las jaulas de los animales.

—Cuando yo no puedo dormir, también vengo por aquí —le dijo Bruce, su amigo el domador de los osos y los tigres de Bengala.

—No, yo vengo por aquí cuando quiero dormir.

—Hoy no es un buen día, hay luna llena, los tigres estarán nerviosos. A la osa le duele la muela. No va a dormir bien.

—A mí me duele la cabeza y dicen que ronco cuando duermo al aire libre, espero no molestar a tus animales —le dijo San Vicente.

Bruce se rio. Era un hombre alto, mestizo, hijo de un canadiense y una india tarahumara de Chihuahua, con una mata de pelo rojizo y pómulos salientes y dorados. Estaba cerca del límite, porque el amor a medias con una trapecionista le sacaba a la luz su lado oscuro, depresivo, melancólico.

San Vicente se quedó cerca de la jaula de los tigres, mirando fijamente a los ojos a una tigresa de 15 años llamada Helena.

El olor del excremento seco de los animales, de la paja húmeda, los gruñidos de la osa que golpeaba de vez en cuando los barrotes de la jaula, ocultaban la otra cosa depositada en el aire: el que lo estuvieran cazando y se encontraran cada vez más cerca.

Cuarenta y cinco

El coronel Ramos me dijo: «Deténgalo. Si ese gachupín está en México, es suyo. ¿Qué ha de pensar el pendejo, que somos su burla? Suyo Gómez, suyo. Y si no le sale bien, ya lo veo barriendo las caballerizas. Es una orden directa de mi general, el ministro. Use los recursos que quiera».

Gómez soy yo. Arturo Gómez, capitán de la gendarmería montada del DF. Capitán por méritos de armas, no por andar capturando ladrones de ancianos o rompepisos. Pianista frustrado para más datos. No frustrado por falta de tiempo o de oficio, sino porque en la batalla de Celaya me volaron dos dedos de la mano izquierda y nadie compone piezas para piano sólo para mano derecha.

Entonces, Gómez, o sea yo, fue a su oficina y se sentó ante el expediente, y como ya eran horas nocturnas y se supone que está uno fuera de servicio, se saca del cajón del escritorio una botella de mezcal «El caballito» y se pone a leer. Porque Gómez es un tipo de 28 años que vio mucha sangre ajena y alguna propia y que está en la gendarmería por casualidad, y no quiere hacer nada sin saber bien qué se espera de sus actos, quién lo espera y para qué.

Y Gómez encuentra la historia de este San Vicente, escurridizo como pocos, no falto de valor y de hombría, bueno pa'l plomo, empeñado en hacer Pomada de la Campana la revolución mexicana con sus locuras

anarquistas. No era un cabrón, no era un asesino, ni siquiera un criminal en la forma y la apariencia de los que me había estado encontrando de repente a lo largo de estos dos últimos años. Era peor y era mejor. Era un idealista. Y lo habíamos dejado escapar dos veces. ¡Putra madre!, qué punta de pendejos de a pie y a caballo eran los oficiales de gendarmería, la reservada, la policía del DF, incluyendo al coronel Ramos y excluyendo al capitán Gómez, o sea yo. Dos veces lo habíamos tenido: una lo deportamos en mayo de 1921, y se nos regresó; otra, hacía unos meses, en febrero de 1923 cuando el tiroteo de Uruguay, ahí aparecía clarito: «Sánchez, Pedro» en la lista de detenidos que se soltaron un par de días después. Comencé a tomar notas en un bloc amarillento y, cuando logré tener una página llena, me fui a dormir bien curadito de penas del cuerpo y del alma con el mezcal.

Al día siguiente, Gómez, reluciente y sin espuelas, porque iba tan sólo a hacer trabajo de escritorio, se presentó en las oficinas de la gendarmería y comenzó a dar órdenes como ametralladora maxim, de las que usaban los austríacos, porque para eso soy una fiera, para dar órdenes que suenen bien y parezca que tienen sentido.

—Quiero hablar por teléfono con Ventura, de la Reservada, cabo. Ahorita mismo.

—Que se presenten los cabos Marcial y Sousa al grito de újule.

—¿Quién es el que trata con los soplones que entregan estos informes tan cochinos? ¿Leyva? Mándemelo en chinga para acá.

—Este expediente tiene una foto, pero sin copias, ¿dónde están las copias que dice aquí que hay? Mándeme a sacar cincuenta para esta mañana. ¡Me vale que el coronel quiera tener fotos de la boda de su hija, que se las encargue al de los caballitos de cartón de la Alameda!

— ¡Quiero aquí al encargado de las guardias en el municipio de San Ángel antes de que se me acabe el cigarro que estoy fumando!

No era tan difícil. No había tanta ciudad, y todo era un problema de poner en torno a ella la mano y luego apretar para convertirla en un puño. Adentro quedaría San Vicente.

Ventura entró por el despacho una hora después, con la camisa de fuera y el traje lleno de manchas de grasa.

—Mire nomás, Ventura, parece usted de los otros, de los que hay que detener. Qué falta le haría que lo pasáramos a la gendarmería unos meses, aunque usted, a no ser que lo mutilemos, no va a tener nunca porte marcial.

—Párale, capitán, que no estoy de buenas, me pasé la noche persiguiendo a uno de los de la banda del turco, y estuve en lugares donde se bebe pura mierda.

—Se nota.

—¿Para qué soy bueno? —me preguntó.

—Usted detuvo a San Vicente en Uruguay en febrero. ¿Cómo es?

—Ni me lo recuerde, capitán, porque lo detuve y no lo detuve, o sea que no me enteré.

—Pero su gente lo ha estado siguiendo. ¿Qué le sabe?

Ventura sacó de su traje astroso un par de puros, ofreció

uno y, cuando me negué, encendió el suyo y se quedó mirando mi colección de cañones en miniatura mientras hablaba.

—Lo protegen. La bola de cabrones esos de las fábricas lo protegen. No tiene casa, no tiene mujer, no tiene empleo; nunca duerme en el mismo lugar. Una joya. Se le puede encontrar si uno le pone tantito interés en alguna asamblea sindical; o se le podría encontrar, quién sabe ahora que ya le debemos haber puesto la mosca detrás de la oreja con tanto intento fracasado. Pero ahí está difícil agarrarlo sin exponerse a que se arme una pachanga de tiros pa'todos lados. ¿Tiene usted autorización para causar un incidente con la CGT? ¿Tiene usted permiso para que haya dos o tres muertos y una huelga general, capitán?

Me dejó pensando. Así que era eso.

—¿Qué locales sindicales frecuenta normalmente y a qué horas?

—Eso se lo puedo decir en un ratito, déjeme descolgarme hasta la oficina y le mando una nota con esos datos que me está pidiendo.

Dijo, y se levantó de la silla muy ceremonioso, sonriendo, como diciéndome: «ahí te dejo el paquete, pendejo, ni sabes el lío en que te estás metiendo». Pero yo había entendido el mensaje.

Me quedé pensando, hasta que apareció el fotógrafo de la gendarmería al que, para que se sintiera menos pendejo, se le había dado grado de sargento.

—A las órdenes, mi capitán.

—Las fotos, no te andes por las ramas, mamón.

—Mi capitán, necesito dos días para tenerle cincuenta fotos de ese San Vicente. Además, vea, no sale muy agraciado en ésta que me da, y las copias van a estar peor... Y el coronel me dio un encargo...

—¡Cincuenta fotos para la noche de hoy o te dedicas a la mierda de los caballos de la sexta compañía hasta que te guste la caca, Martínez!

Resuelto el problema, me encaré con Leyva, que estaba esperando en la entrada del despacho, muy orondo el güevón, sentadito en una banca. Ahora que lo veía bien, me daba cuenta de por qué era el encargado de tener relaciones con los soplones, porque era igualito que cualquier criminal, lo habían de amar al puto, le habían de tener abundante confianza.

—Usted es una vergüenza para el uniforme. Contrabandea tabaco según he sabido, les trae putas al cuartel a algunos suboficiales, consigue relojes extranjeros que seguro han de ser robados, y no sé qué otras cosas más, cabo Leyva —le dije de entrada para ablandarlo, pero se ve que el desdichado estaba acostumbrado a comenzar así todas las conversaciones con los superiores, porque muy amable me contestó:

—¿Gusta algo, capitán? ¿Algo especial?

—Tu madre, cabrón.

—Precio especial, mi capitán.

—Siete vueltas al patio a paso de carga. ¡Jiménez,

verifique que el cabo Leyva cumple la orden y luego me lo trae de regreso!

Supuse que eso sí daría efecto, porque el Leyva, regordete, sudado a las diez de la mañana de tantos alcoholes en la noche, no debería ser ningún tigre para las carreras.

—Capitán, se reporta el teniente Suárez —dijo un oficialito elegante, de la nueva guardia que nos estaba llegando a la gendarmería, porque teníamos uniformes elegantes, y que seguro en la revolución había estado muy ocupado lamiéndole las tetas a su mamá.

—Tengo media idea de que el hombre que estamos buscando, un tal San Vicente, duerme en el barrio de San Ángel, o Tizapán, en casas diferentes, de obreros de las textiles de allá. Quiero que haga esto bien, con discreción, no a lo pendejo, como acostumbra, no como carga de Villa.

—¿Usted fue villista, capitán?

—No, mi teniente. Yo le di por el culo a los villistas hasta que les gustó en Celaya... Primero, hable discretamente con los patrones de las fábricas. Discretamente, no vaya a armar un borlote, quiero las direcciones de todos los sindicalistas destacados de por allá. Los cegetistas más activos...

—Han de ser como quinientos, mi capitán.

—Ni modo, va a tener que escribir un chingo. Luego quiero que inicie en las noches, ¿me oyó?, en las noches, registros en casas de esos tipos, con el pretexto de que se está persiguiendo un asaltante, que parezca que no es con

ellos, o sea en las casas de junto también le hace el aparato, hasta que me encuentre a un tipo cuya foto le voy a dar esta noche en cantidad, para que cada uno de los tarados a sus órdenes la tenga. Sin provocar, sin detener a nadie aunque haya motivos. No quiero que me encarcele a nadie porque encontró una pistola o una imprenta clandestina. Eso, es cosa de otros. Yo sólo quiero a este tipo, San Vicente. ¿Está claro?

—Sí señor. ¿Cuándo ponemos en marcha la operación?

—Esta noche, o sea que váyase para San Ángel a conseguir la lista. Divida la compañía en dos, hágase usted cargo del grupo que operará en las noches en lo que le estoy encargando.

Bien, el tarado este no iba a detener a nadie ni aunque se lo pusieran enfrente, pero iba a levantar la liebre y cerrarle la cueva.

—Marcial y Sousa reportándose —dijeron dos astrosos gendarmes que hasta moscas traían volando arriba de ellos.

—¿Cuántos cabrones tan fachosos y tan feos como ustedes me pueden conseguir dentro del honorable cuerpo de la gendarmería?

—Uh, jefe —dijo Sousa, que era amplio de palabra.

—Uh, jefe —dijo Marcial, que se repetía.

—¿Uh muchos o uh pocos?

—Uh

—Un chingo.

—Bueno, pues tráiganse seis a las tres de la tarde, sin uniforme. Desde ahorita están comisionados para un trabajo especial. Van ustedes a ser agentes secretos unos días. Los quiero disfrazados de vendedores ambulantes desde mañana, vigilando unos locales sindicales, y a ver si me localizan a un tipo y sin hacer mucha bulla lo detienen. A las dos de la tarde disfrazados de vendedores ambulantes los seis aquí, y en la noche pueden pasar a recoger la lista de los lugares que tienen que vigilar, fotos del que tienen que detener y una lista de instrucciones más precisas que se van a tener que aprender de memoria. Conque... moviéndose.

Me di un respiro. Me lo había ganado conduciendo el hato de bueyes a buen resguardo. Estaba en el segundo tabaco y el prima mezcal cuando apareció Leyva sudado y medio babeante.

—Aquí lo tiene, mi capitán, a punto del ataque al corazón —dijo el cabo Jiménez con una sonrisa enorme.

—Leyva. En cuanto se reponga del sano ejercicio que le encomendé, se lanza a recorrer la ciudad como si le fuera el alma. Quiero saber dónde duerme Sebastián San Vicente, dónde va a estar dentro de tres horas, dentro de cinco, al día siguiente, en una semana. Es un cegetista conocido, usa el nombre de Pedro Sánchez, y le dicen «El Tampiqueño», un español, narizón. En la noche, aquí mismo Jiménez le dará una foto. Tiene 50 pesos de la caja del cuartel para pagarle a sus informadores, pero cada pago que resulte inútil o cada vez que me quiera ver la cara, se va a tener que echar unas carreritas. ¡¿Entendido?!

—Clarísimo mi capitán.

Y bueno, misión cumplida. Ahora, si no salía, el que iba a tener que dar carreritas en el patio era yo, o sea el capitán Arturo Gómez.

Cuarenta y seis

Sales del sueño en medio de los gritos, y saltas del catre con tu pijama de rayas azules y grises, carcelario, y la pistola en la mano sacada de abajo de la almohada. El suelo está frío. Aún con el mundo en torno tuyo convertido en un carnaval de confusiones, tratas de orientarte. De saber dónde estás durmiendo, en qué casa, a dónde dan las puertas, a qué calles. Porque es obvio que los que te buscan se acercan, no hay duda en esos gritos, y esas órdenes de mando confusas, las culatas de los rifles golpeando la madera de una puerta. Te pones los zapatos sin calcetines y te cuelgas el otro revólver al hombro después de haber verificado la carga.

—¡Salga de ahí, San Vicente, con las manos en alto!

Hay una ventana, te asomas. A tu espalda suenan disparos que perforan las tablas de la puerta. Primero lo primero: arrojas sobre la puerta un armario de metro y medio, y luego empujas sobre él un catre de lona y un arcón lleno de platos viejos. La ventana. Un primer piso. Asomas la cabeza, los pelos levantados, como si hubieras sufrido un sobresalto. ¿Y esto qué mierda es sino un sobresalto? Los cristales se rompen y un tiro entra por la ventana. La bala se estrella en el techo sacando limpiamente una nube de cal. Con el cañón del colt destrozas los cristales sobrantes y sueltas cinco disparos en rápida sucesión. Los golpes de las

culatas astillan la puerta. Saltas por la ventana. Cuando los pies tocan el suelo, pierdes un zapato, sigues disparando, ahora el revólver, hacia dos sombras que se escabullen. Recargas a la luz del farol, y luego corres, como un fantasma en pijama, por las calles empedradas de San Ángel, cantando a voz en grito Hijos del Pueblo, desafinando en la estrofa que dice: «Rojo pendón, de libertad». Piensas que sería mejor cantar la novena de Beethoven en estas particulares y alucinantes circunstancias.

Cuarenta y siete

En la biografía de Malatesta de Luigi Fabbri, encuentro sobre la página donde está el colofón una nota que debí haber escrito a fines de los 60: «¿Para qué queremos la paz de los cafés, si tenemos la tormenta?». Supongo que ambas cosas, el que haya sido escrita a fines de los 60 y el que se encuentre al final de un libro de Malatesta, no son accidentales. Tampoco lo es que aparezca ahora, 15 años después, cuando llegó la hora de explicar el por qué de esta búsqueda de San Vicente.

Hace años, cuando reuní lo poco que había logrado averiguar sobre él, hice una nota de diez renglones para que sirviera de prólogo a un artículo periodístico; decía algo así como: «El que esto escribe, confiesa que una de sus últimas obsesiones gira en torno a la revisión y ampliación del santoral de la izquierda. Recuerda las dificultades de la generación del 68 para hacerse con rostros y nombres a los que apelar para establecer el tenue hilo de la continuidad, la búsqueda de abuelitos rojos a los que acogernos... «Éstas pueden ser las claves personales: una cita en un libro de Malatesta, el mismo libro, la revisión del santoral... Pero hay preguntas dentro de la pregunta: ¿Por qué San Vicente? ¿Qué encarna San Vicente? ¿Es acaso la terquedad lo que lo hace salir del anonimato? ¿Es la fidelidad perruna a los principios? ¿La consistencia que hace de él un personaje

armónico y no desgarrado por las contradicciones? ¿La ausencia de sentido nacional?

Supongo que en el fondo de las telarañas que pueblan el rincón más recóndito de mi cabeza, algo hay de esto último. Esta idea de destierro voluntario, de que el arraigo de patria está en un pedazo de muchos paisajes que uno puede sentir como propios; en amigos, historias, situaciones, sectores de una clase social sin rostro y sin embargo propia. No es una idea, un pensamiento abstracto, es una sensación de afinidad íntima, de placer que se expresa como calorcito en el cuerpo al caminar por las montañas asturianas cerca de las bocaminas, o al perderse en el polvo de la tarde en Irapuato; al oír contar en las páginas de un libro historias que suenan endiabladamente propias. Cosas como éstas que poco tienen que ver con lo que diga el pasaporte, porque aún no se han inventado pasaportes de clase social, de pedazo de región, de fragmentos de la historia. Aún no hay pasaportes de «ciudadano del mundo» expedidos en Gijón. Esa idea satánica que paseó San Vicente por sus tres años de recorrido por el paisaje mexicano, de que la revolución era parte del equipaje, era una pieza del rompecabezas personal que se iba injertando en los rompecabezas colocados en muchas ciudades, en muchos momentos, en muchas organizaciones. Una pieza que encajaba con exactitud siempre y cuando uno buscara con atención.

En esas cosas pienso mientras ojeo distraído el libro de Fabbri sobre Malatesta.

Cuarenta y ocho

San Vicente se mete en el bolsillo de la chaqueta La anarquía, de Errico Malatesta, y respira profundamente. No puede ir a la reunión de la redacción de Nuestra Palabra, porque seguro lo estará esperando ahí la policía. ¿Cambiar de ciudad? ¿San Luis de Potosí con el grupo anarquista de Librado Rivera? ¿Veracruz con Fernández Oca, un santanderino que ahora está empeñado en llevar los sindicatos anarquistas al campo? ¿Puebla con Bruschetta? ¿O lugares nuevos donde la organización cegetista no ha crecido, como las minas de Chihuahua, Coahuila o Zacatecas?

Hace frío. Si bien ha conseguido un traje, no alcanzó para camisa y la del pijama no le permite poner una corbata que trae en el bolsillo. Le gusta esta ciudad, que es humo un día y aire lleno de humedad y lluvia otro. Le gustan los barrios del sur y los hilanderos, le gustan los cafés del centro, los paseos por la Reforma en las mañanas. Pero no le gusta tanto como para verla desde la ventana de una celda.

San Vicente planea. Dejar saldadas algunas cuentas, dar algunos recados y salir en un automóvil robado hasta alguna ciudad cercana, luego un tren.

Un niño se le acerca a venderle el periódico. San Vicente se rebusca en los bolsillos y termina negándose. Cuando el

niño se aleja, lo detiene con un «espera» y le regala el libro de Malatesta. Es mejor ir ligero de equipaje.

Cuarenta y nueve

De poco sirve contarlo, porque nada pasó, aunque traté que pasara. Será porque siempre perdemos, porque nuestra hora no ha llegado, porque los mejores se van y sólo quedamos los más pendejos, los más inútiles, los que fraguamos sueños y no los hacemos vidas. Será porque por lo de la pistola no alcancé el primer tren, por lo de los mangos perdí el segundo y a Miño, por lo del enlace comí mierda en Veracruz, por comer mierda en Veracruz tardé dos días en hallar la cárcel, por falta de huevos o por sobra de planes no entré en ella, por no entrar lo sacaron cuando yo estaba cogiendo, por coger lo vi no más de lejos y no supe si sonreía o no cuando lo subían por la pasarela. Será por eso, pues.

Se lo cuento pa'que aprendan que también los hombres de buena fe somos tarugos, o mejor todavía, cuanto más buena fe, más tarugos.

El 13 de julio del año 23, cuando caminaba pala casa, me encontré en la puerta a Hilario. Los dos estábamos despedidos de tranvías y con lista negra, pero yo tenía un primo ferrocarrilero en los talleres de Balbuena y con nombre falso trabajaba por horas en mantenimiento eléctrico. El Hilario por más que había buscado no encontraba, y se las pasaba haciendo trabajitos en el sindicato. Ese día, desde que lo vi de lejos me dije:

«Ah, pinche Hilario traes algo, 'tas inquieto», porque bailoteaba de una pierna a la otra y miraba para los dos extremos de la calle esperándome. Tan concentrado, que pasaba una vieja de buen ver por su enfrente y ni pa'cuando la miró de lleno.

—Garraron al San Vicente, a Pedro Sánchez —me dijo.

—¿Cómo mierdas?

—Entraron a mi casa pistola en mano veinte gendarmes, más, como treinta y cinco, y a patadas lo levantaron del suelo.

—¿Taba durmiendo en tu chante?

—Hoy Taba.

—Pa'la mierda —me dije, porque hasta ahí con el Hilario. Era luchón y era buen compañero pero una vez que le di una 38, pa'que me la cuidara mientras yo dormía, cuando la huelga, a la puerta de los Talleres de Indianilla, la usó de bola pa'remendar unos calcetines que tenía toos jodidos. La pistola dentro del calcetín, y él zurciendo, tan feliz, el güey.

—Lo van a matar —dijo el Hilario.

—No, pero, lo van a deportar pa'l norte. Y ahí lo joden, porque tiene pendiente... ¿Dónde lo llevaron?

—Pa'saber.

—¿No lo seguiste?

—No, si me jodieron —dijo el Hilario. Y estaba bueno, yo no me había fijado por el apuro, pero tenía un ojo cerrado y

con sangre abajo de la ceja de un tremendo cachazo.

Yo entré a mi casa, y sin hacerle caso a mi jefe, que era el único que vivía conmigo en esos días, porque mi vieja se había ido a la verga con los escuincles, me puse a buscar la pistola en el arcón. Revolví y revolví y nomás sacaba libros, papeles, las actas del sindicato de Talleres y camisas viejas, pero de la fusca nada. Y yo diciendo:

—¿Onde estás? ¿Onde estás, cabrona?

Por fin, mi viejo como que se compadeció y me dijo:

—Yo la escondí, mi hijo.

Y me di vuelta y ahí tenía, la escuadra 43, más grande que la historia de la revolución francesa de Kropotkin, y con dos peines llenitos.

—Viejo, cómo es cabrón.

—El diablo las carga, mi hijo y usted como es sonámbulo a lo mejor en la noche la saca y me mete un plomazo.

—Total, pa'lo que usted come, ni en sueños lo mato —le dije. Y como ya sabía qué iba a hacer, le di el encargo:

—Dígale al primo que al rato vuelvo, que me guarde la chamba, que no me voy pa'siempre.

Salí a la calle corriendo con la fusca pesándome en el saco que me eché sobre los hombros, y el Hilario atrás de mí.

—¿A dónde vamos?

—A conseguir otra, que pa'lo que hay que hacer, con una no basta.

El Hilario a pesar de que ya veía que aquello se iba a poner en grande, me siguió corriendo hasta la casa del compañero Mayorga. Le tocamos la puerta y no abría. O no estaba, o estaba cojiendo el Mayorga. Porque de eso tenía fama. Como tres horas rondamos por las afueras de su casa, un jacalón atrás del Zócalo en las calles de Jesús María, hasta que llegó tan fresco.

—Vinimos por la pistola.

—¿Y ahora?

—Agarraron a San Vicente, hijo mío —le dije, aunque el Mayorga me saca de menos 15 años.

—¿Y qué vas a hacer, compañero?

—Sacarlo a plomazos, y necesito otra fusca.

—¿Vas solo?

—Voy solo, esto es cosa de personas, no de organizaciones. Voy solo.

Se vio bien el Mayorga, entró a la casa y me dio la pistola envuelta en un ejemplar de Nuestra Palabra. Y no pidió razón de cuándo se la devolvía, ni dijo nada.

Bueno, sí dijo:

—Si no te sale bien, mándame recado con el Hilario, para hacer una movilización grande. De menos para que no lo deporten para el norte.

—Hecho pues —fue lo último que le dije, y lo dejé en la oscuridad, porque se había hecho de noche.

La ciudad encendía las farolas cuando Hilario y yo llegamos echando la lengua morada pa'los lados hasta la calle de Humboldt. En la puerta nos paró un vigilante y me obligó a mirarlo gacho. Subimos corriendo las escaleras y entramos a la redacción.

Tomás Salas estaba sentado frente a su máquina de escribir, con los ojos cerrados. Era el redactor de policiales. Y alguna vez le había puesto el hombro a la organización. Se decían cosas de éste, que ni pa'creerlas, que escribía sus crónicas a ciegas y de un sentón. Como parecía que de un momento a otro se iba a soltar con una capirotada, le caímos encima.

—Necesitamos de usted, Tomás.

—Hombre, los cegetistas, la horda de Bakunin. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Detuvieron a Sebastián San Vicente, ¿dónde lo pueden haber llevado?

—¡San Vicente! ¿Pues no que lo habían deportado en mayo del 21?

—Aquí estaba.

—Dile que se llamaba Pedro Sánchez —me recordó el Hilario.

Tomás agarró el teléfono y comenzó a llamar uno por uno a sus contactos en la policía del DF, en la Reservada, en el cuartel de la gendarmería, en Belén, en las delegaciones, con los secretarios del gobernador Gasea. Parecía que al San Vicente lo habían llevado al cielo.

De repente, Tomás levantó la cabeza, había estado sumido sobre el teléfono, haciendo susurros, comadreando con la ley, y dijo:

—Se lo llevaron a Veracruz.

—Chingada madre de Obregón.

Y salí corriendo para Buenavista. Ahí fue donde dejé atrás al Hilario, que se quedó dormilón en un sillón del periódico.

El tren había salido hacia dos horas y me maldije bastante. En la estación no había amigos. Ahí me puse a lucubrar; me robaba un tren y me iba para Veracruz, a punta de pistola... Y cuando llegara a Puebla ya tenía a cien gendarmes esperando... Asaltaba la estación de telégrafos y mandaba que enviaran un telegrama al tren, a la primera estación donde pudieran pararlo, un telegrama del presidente Obregón... Y luego ¿qué chingaos hacía? Y comiendo ideas babosas, con una mano en cada bolsillo y encima de cada pistola, porque en las estaciones roban a los menso, y si además de haber perdido el tren me quedaba desarmado, no me iba a olvidar nunca de mi santa madre, me dormí...

Tomé el tren de la mañana a Veracruz todo entumido por haber dormitado en la estación, y me descabecé un sueñazo hasta Puebla. Ahí puse un telegrama a José Miño en Veracruz pidiéndole que me esperara en la estación. Iba a necesitar más ayuda que Zapata en Chinameca si quería a San Vicente entero.

Así me fui viendo las montañas y los llanos y haciendo planes a lo pendejo, porque no sabía ni cómo era la cárcel ni

cómo eran las custodias, ni nada de nada; pero por hacer planes no lo crucifican a uno, creo; o sea que yo hacía planes. Y ahí fue donde se jorobó el asunto porque por hacer planes, no me fijé en que los mangos que le compré a una ñora estaban medio verdes, y como a la hora y media me dio un chorrillo más que regular y ya no hallaba la hora en que el tren parara en Soledad de Doblado. Ahí me metí al baño y a huevo se me fue el tren por estar cagando de más y a deshora. En Soledad para más jodienda, no teníamos organización cegetista que yo supiera, y si sabía porque era el que ponía todos los paquetes de Nuestra Palabra para la organización en todo el país, y para Soledad no había paquete, de manera que me tuve que robar el carro de caballos de un lechero e irme a galope para Veracruz. No hubiera estado mal la cosa, pero caray, el proletario que conducía el carro no entendía ni a madrazos mis argumentos, se me hace que con el apuro yo me explicaba mal, y tuve que ponerme de acuerdo con los caballos a la buena, y con el señor a punta de pistola, pero ni así entendía y se fue corriendo atrás de mi insultando a mi madrecita santa, que nada tiene que ver con que a San Vicente lo hayan secuestrado, ni con los mangos del tren.

Por eso llegué tan tarde a Veracruz, aunque con dos caballos medio rengos temporalmente a mi custodia, ya no encontré a Miño en la estación. Yo creía entonces que todo era fácil, que nomás había que encontrar el local de la organización y ver a los compañeros, averiguar a dónde lo tenían y luego ponerse a pensar planes; porque chingá, eso es lo que más me gusta de todo. Pero yo no iba a verla tan fácil. Primero, onde carajos ponía los caballos. No es cosa de

«ahí les dejo a los caballos» y vámonos. No son una motocicleta, que uno la deja y no hay que darle de comer; si los dejaba tirados, quién los alimentaba y cómo se los devolvía después al lechero de Soledad de Doblado. Porque había que devolverlos enteros y caminando. De manera que perdí tres horas en Veracruz tratando de dejar a los caballos con algún paisano que no se los comiera o se los cojera. Porque vaya usted a saber, en los puertos siempre ha habido muchas costumbres bárbaras no todas ellas impuestas por el capitalismo.

Habían de ser como las nueve de la noche cuando llegué al local. Sudaba como loco y no podía quitarme el saco porque las pistolas se zarandeaban toditas, y además en el local no había nadie, y no era cosa de preguntarle al policía de la esquina, porque ya estaba en misión del destino y los policías no entienden de destino aunque entiendan de misiones.

Me dormí en un banco del parque frente al local sindical. Me desperté cuando Miño me sacudía con fuerza con ese propósito y con más energía que buena intención. El sol estaba alto, carajo.

—Ta'bueno, pues, ya volví. Aquí estoy, ya no zarandee.

—¿A qué horas llegó amigo, y qué tantas urgencias?
—me dijo Miño, un anarquista gallego pa'mi gusto demasiado bien trajeado.

—San Vicente está en Veracruz, lo tienen encerrado para deportarlo. Tenemos que averiguar dónde lo tienen y en qué barco lo van a mandar.

—¡Ah caray! ¿Y cuándo lo agarraron? ¿Y cuándo lo cogieron?

—No, cogerlo, que yo sepa no se lo cogieron, nomás lo agarraron.

—Usted siempre con estas tonterías. En mi pueblo se dice coger cuando lo cogen a uno.

—No si aquí también, cuando se lo cojen a uno, se lo cojen a uno... A San Vicente, lo agarraron anteayer. Y ahora está aquí, en Veracruz.

—Deje ver —dijo Miño rascándose la cabeza—. Lo de cuándo y en qué lo van a deportar, eso está fácil. Lo de dónde lo tienen también, lo vemos con los compañeros del sindicato de presos.

—Ah, carajo, qué avanzados están aquí, que tienen hasta sindicato de presos.

Miño no me hizo mucho caso, y subió caminando las escaleras del local conmigo atrás. Pero de repente, me acordé de los caballos...

—¡Péreme, tengo que arreglar lo de los caballos! —le grité al gallego que estaba empezando a hartarse de mí.

Los caballos estaban bien, y Miño sabía más cosas cuando llegué a verlo.

—Lo van a deportar en el Alfonso XII, hasta La Coruña, directo a mi pueblo lo van a llevar...

—Uta, qué mal asunto, si ahí se cojen a los cristianos...

—San Vicente es ateo, déjese de preocupar por eso. La información es buena. Hablé con Miranda, del sindicato de marinos, y me dijo que la cosa es segura, que el Alfonso XII es el único que sale en estos días, y que se comentaba entre los marinos que se iban a llevar a alguien peligroso deportado, aunque como no se sabía lo de San Vicente, pensaron que era atracador de bancos o un estafador elegante, porque de esos deportan un día sí y un día no.

—O sea que lo mandan a España —me dije en voz alta—. Menos mal.

—Menos mal —dijo Miño haciendo eco.

—¿Y dónde está?

—Eso es más difícil. Hablé con la compañera Marín que fue a averiguar con el sindicato de presos, pero aún no hay respuesta. Siéntese por ahí... No, mejor venga para acá y ayúdeme con las cuentas del periódico, que tengo que presentarlas a la asamblea.

Y eso fue lo que hice durante las siguientes horas, pudiendo al fin quitarme el saco con todo y pistolas y dejarlo en un perchero viejo que, por cierto, era la mejor pieza de mobiliario de la oficina.

—Nada, Miño, nada —dijo la mujer entrando de golpe al cuarto donde el gallego y yo estudiábamos una cosa que él llamaba «los misterios de las ventas a crédito incobrable en la prensa sindical». Era una mujer de muy buen ver, fornida, como a mí me gustan cuando tiene uno tiempo para una luchita libre y sin árbitro; pechugona, de falda más bien corta y ligero rojo a la vista que usaba nomás pa'la navaja,

porque en Veracruz hay que ser muy burguesa o muy pendeja para usar medias con el calorón que hay.

—No lo tienen en la cárcel de Degollado, no está en la jefatura de policía, no lo tienen los perros de Sánchez en la comandancia militar, no está en las oficinas de la marina, se lo han de haber metido en el ojete del culo. Porque sí, está en Veracruz, y eso se nota cuando uno les pregunta a los oficialitos, a los gendarmes de teniente pa'arriba. Esos maricones 'jos de su reputísima madre, lo tienen.

—¿Y entonces, dónde, compañera? —me aventuré a preguntar.

—¿Y este pendejo quién es?

—Ya me descubrió —dije.

—No le diga así, compañera Marín, es el que vino de México.

—¿Y tendrá muchos güevos?

—Más bien dos —dije yo por no presumir.

—¿Pa'qué quiere saberlo, lo va a sacar?

—¿Es de confianza la compañera? —le pregunté a Miño mientras ella enrojecía de pura rabia apache. Bien decía yo que hay que andar con cuidado con los jarochos porque si se cojen a los caballos, cuantimás a los ex tranviarios.

—Bueno, basta. Los dos son de confianza; si me apuran, yo también soy de confianza —dijo Miño dando muestras de un sentido del humor que no se le había visto en el resto de la mañana.

—Yo lo averiguo, no se preocupen —dijo la mujer iluminada de repente y salió como alma que lleva el diablo.

—¿Y ésta quién es, Miño? En México no la conocíamos.

—La compañera Marín, la esposa de Herón Proal. Trátala con calma o te vuela dos dedos de un mordisco, mi hermano.

Así terminó la conversación. Yo pasé la tarde haciendo cuentas, entré en el salón de la planta baja, metí mi cuchara en una asamblea de panaderos, escribí un artículo sobre Ricardo Mella, fui de nuevo a ver a mis caballos y, ya cayendo la noche, recibí nuevas noticias.

—Lo tienen en la Mayoría de la Plaza, incomunicado. Ahí no hay más preso que él, con centinela de vista y una ametralladora emplazada en el lado izquierdo de la puerta del encierro —dijo la compañera Marín con una sonrisa medio retadora.

—¿Cuántos guardias además del de vista y los de la ametralladora?

—Dos en la entrada, un cuarto de descanso donde hay otros dos o tres y los que le dije. Día y noche. Se la va a pelar contra las piedras, amigo.

—Se agradece su buena voluntad.

—No, si no lo digo porque me guste que se salgan con la suya, es por darle bien la información.

—¿Me lleva?

—Lo acerco y le enseño, después yo a usted no lo

conozco.

—Usted se lo pierde.

Dos en la puerta, muros altos, un centinela en una ventana, ése se le había pasado en el recuento a la compañera Marín. Iba a estar en chino. Me fui paseando porque los aires de la noche son buenos para los planes, y porque me gustaba caminar en el puerto donde el aire era espeso y olía a sal.

Me cobraron tres pesos por la cuidada de mis cuacos, si esto seguía así iba a tener que asaltar un banco para volver con San Vicente entero a la ciudad de México y los dos bien comidos. Me subí al pescante y, con la pura voz, mis caballitos comenzaron a trotar por las calles dormilonas de Veracruz.

Coloqué el carrito a diez pasos de la entrada del cuartel, y me pasé a la parte de atrás entre las botellas de leche. Necesitaba un plan perfecto, y me iba a costar muchas horas de puro pensamiento tenerlo.

—¿Qué hace ahí señor? ¿Ahí se va a quedar a dormir?
—me preguntó el soldado que hacía la ronda.

—Nomás hasta mañana, así ya salgo a repartir desde que amanezca.

—¿Y por qué no lo lleva a donde los guardan?

—Pues porque por andar viendo abajo de las faldas de la señora del encierro, ya no me deja que pase ahí la noche.

—No, pues déjelo aquí, yo se lo cuido, al fin que me toca

guardia igual, luego usted viene y lo recoge en la mañana.

—¿De veras sargento? ¿De veras me haría el favor?

—Cabo Ramírez... Usted se pone a mano con la leche del desayuno, ¿no?

—No faltaba más —parecía que los planes mejores en la vida se hacen solos.

Sacudí la rienda y crucé el portón con mis caballitos y mis botellas de leche atrás haciendo tilín-tilín cada vez que chocaban entre sí. Es cierto, un cuarto de guardias, una ametralladora montada en el pasillo, un centinela en el techo. Demasiados para sacar la artillería y tumbarlos al mismo tiempo.

—Ramírez, ¿qué chingaos es esto?

—El carro del lechero, mi sargento, aquí lo vamos a guardar si usted da permiso —dijo el cabo en voz alta y luego se alejó a conferenciar con el sargento, un tipo de fieros mostachos y cicatriz de navajero.

—¡Váyase pues, señor! —me gritó Ramírez, y yo agarré calle.

El local estaba con el portón cerrado y las luces apagadas, y yo no sabía cómo encontrar a Miño. Caminé por la ciudad regando maldiciones y desventuras. Terminé en la misma banca del parque, bajo un árbol frondoso del que caían de vez en cuando cagadas de pájaro, dispuesto a pasar otra noche al aire libre.

De nuevo me despertaron las zarandeadas.

—Órale pues, ahí voy —pero esta vez no era Miño, era la frondosa veracruzana abajo del frondoso árbol y mirándome con una frondosa sonrisa más que regular.

—¿No sabe que en Veracruz hay una ley contra los vagos y que no se puede dormir en los parques? —me dijo.

—Compañera Marín, necesito dos cartuchos de dinamita —le contesté.

Estaba visto que la mujer tenía muchos caminos para llegar a Roma y muchos conocidos que le hacían de romanos, porque primero me llevó a una pescadería que ya estaban cerrando, luego a un cabaret de mala suerte donde nos tomamos unos roñes y bailamos unos danzones celestiales, luego a ver a un ciego que tocaba la guitarra en la puerta del burdel, luego a su casa, luego a su cama, y de abajo del colchón saco la dinamita.

—¿Y entonces para qué tantas vueltas? —le pregunté.

—Porque si lo traigo directo a mi casa y a mi cama, usted iba a pensar que yo no era una mujer honesta.

Era un cuartito chico no muy grande, con flores sobre la mesa de noche, gardenias, y dos dibujos de Bakunin, imponente sobre la cama.

Las gardenias, con ese olor dulzón y maravilloso me perdieron, con una mano tomé los cartuchos, con la otra le toqué un pecho y con la otra apagué la luz; o sea que ese día debía yo de tener tres manos, porque tal como lo cuento así lo recuerdo.

Así lo recuerdo, cuando la culpa me deja recordarlo sin

estropearlo.

—Mierda —dijo Miño aventando la puerta—, ya lo sabía.

Yo me tapé los huevos y el instrumento con la funda de una almohada y busqué la pistola con la otra mano. Porque ya era mucho tres días de despertares sobresaltados.

—Ya se lo están llevando. El barco sale hoy, coño. ¿No quería usted salvarlo? Hoy deportan a San Vicente.

Y corrí, corrí por las calles de Veracruz con los zapatos mal amarrados y las pistolas casi cayéndose de los bolsillos, dejando el resuello en cada maldita esquina.

Y sólo pude ver a Sebastián en la pasarela, y ni siquiera pude saber si sonreía.

Será porque siempre perdemos, porque nuestra hora no ha llegado. O más bien será que por andar buscando la pistola perdí el tren, por comer mangos verdes me tuve que bajar en Soledad de Doblado, por tenerme que bajar me robé dos caballos, por robar los caballos...

Cincuenta

«Esta vez no hay regreso», pensaba San Vicente; «ahora sí me van a deportar a Estados Unidos o a Cuba», se decía. Y eso significaba para él cambiar esta cárcel por otra cárcel, sin duda carente de las virtudes de la brisa marina entrando por los barrotes. «¿Otra cárcel?», se preguntaba imaginándola. «Sería la sexta, ¿o la séptima?» Y repasaba sus cárceles contando con los dedos por no tener nada mejor que hacer. Sólo contaba las cárceles formales, donde había pasado más de una semana, no las detenciones temporales en los cuarteles militares o en delegaciones policiacas. «Las ideas no podrán encarcelarlas», se decía y luego sonreía socarronamente añadiendo: «pero a mí sí». México se acababa y él fraguaba en silencio, dando vueltas por la celda de seis pasos en seis pasos y tocando los muros, una forma de adiós, una despedida del país donde había pasado casi tres años. «Se puede uno despedir de los países, pero no de las ideas», sonreía de nuevo gozando ese chiste casi personal, hecho para el monólogo. ¿Había que hacer un balance de esos casi tres años, o bastaba con dejarse ir, con guardar esos recuerdos con otros recuerdos, que a su vez estaban almacenados con otros recuerdos más viejos aún? ¿Dónde poner aquel caldo de pollo bebido al amanecer, o la carga de la caballería que había sido derrotada a pedradas por los hilanderos de Tizapán; los sables que sacaban chispas

de sol en el amanecer, y los rostros inmóviles, los ojos fijos en los cascos de los caballos, la multitud que los esperaba con la piedra en la mano? ¿Qué hacer con el lunar de aquella mujer, Elena, el lunar bajo el pecho izquierdo, que rompía la simetría de la mujer enloqueciéndolo? ¿Dónde poner una pesadilla que lo había despertado a mitad de la noche, sólo para descubrir que no había tal pesadilla y que el sueño se prolongaba en la vigilia? ¿Dónde guardar el último tabaco fumado con Phillips o el brillo mate del stetson negro que le habían regalado las costureras del Palacio de Hierro? ¿Cómo hacer que las frases de Malatesta sonaran tan musicales como en aquella noche alrededor de una hoguera, hablando con campesinos de Acolman, que parecían los receptores ideales del pensamiento del italiano? Debería haber algún lugar para todos esos recuerdos: un cuaderno de notas, un libro con las páginas en blanco, una pecera, un bolsillo de chaleco.

«Una caja de cartón donde guardar las despedidas», se decía caminando los seis pasos de lado a lado de la celda, mientras en voz alta y sin pensar recitaba el monólogo de Segismundo, aprendido por casualidad en la infancia y que no quería dejarse olvidar: *«Yo sueño que estoy aquí/ destas prisiones cargado/ Y soñé que en otro estado/ más lisonjero me vi/ ¿Qué es la vida un frenesí...»*

Cincuenta y uno

—¿Nombre?

—Sebastián San Vicente Bermúdez.

—¿Es el real?

—Así es. El primero, porque reales son todos si uno los usa bien y durante el tiempo suficiente... ¿Y el suyo, coronel? ¿Cuál es su nombre?

—Eso es lo de menos. Ni usted me está interrogando, ni tiene donde apuntar mis respuestas si se las diera.

—Aquí, en la cabeza.

—Aun así, ¿para qué le sirve mi nombre?

—Nada, supongo, curiosidad.

—¿Edad?

—Veintisiete años.

—¿Lugar de nacimiento?

—Gijón, Asturias, España. Un pueblo de metalúrgicos, pescadores, vidrieros, en la costa norte de España, por donde sale el carbón de las minas asturianas.

—Lo sé, tengo media idea de haberlo visto en un mapa.

—¿Y cómo se veía?

—No sé... como un punto, como se ven las cosas en un

mapa... ¿Estado civil?

—Soltero.

—¿Religión?

—¿En serio?... Ninguna, claro.

—Pero, ¿usted no es anarquista?

—Claro está.

—¿No es eso una religión?

—Si así lo quiere poner... Religión: anarquista. Suena divertido. Tiene su gracia.

—Lo pongo. ¿Tiempo de estancia en México?

—Treinta meses y cinco días.

—¿Ingresó usted legalmente?

—La primera vez. La segunda entré caminando por la frontera de Guatemala. Por cierto debería entonces descontarme un mes de estancia en México.

—¿Por qué entró ilegalmente?

—Porque no creo en la legalidad. Y puestos a eso, tampoco creo en las fronteras. Entre México y Guatemala no había diferencia. De un árbol a otro en la selva y ya. Los árboles tampoco reconocen las fronteras.

—A los árboles no los podemos deportar.

—Mejor para ellos.

—¿Y qué hacía usted en México?

—Estaba de paso.

—¿De paso?

—De paso.

—De paso ¿para dónde?

—Usted dirá...

—¿Escolaridad?

—La que da la vida; me enseñaron a leer y a escribir en un colegio de monjas. Lo que escribí y leí después, de eso, ya es cosa mía, yo soy el responsable.

—¿Le parece que pongamos autodidacta?

—Ponga usted como quiera.

—¿Afiliado a algún partido u organización?

—Sí, a la CGT en México.

—¿Y en otras partes del mundo?

—Es cosa de ir viendo.

—¿Qué nexos tiene usted con la Internacional Comunista?

—Ninguno. ¿Ya vamos a empezar otra vez?

—¿Con qué?

—Con el debate entre la primera y la tercera internacional. Pensé que aquí me iba a ver libre de esto.

—No se preocupe, sus entresijos me importan un bledo.

—Se agradece.

—¿Tiene usted un juicio pendiente en España?

—No, ninguno.

—¿Y en Estados Unidos o Cuba?

—Supongo. Aunque en el caso cubano no tengo información de últimas fechas.

—No importa... ¿Participó usted en alguna actividad ilegal en México?

—¿Según quién?

—Según yo, hombre. No lo haga difícil, según las leyes mexicanas.

—No reconozco...

—Bueno, aunque no las reconozca.

—¿Qué quiere que conteste?

—Que no; tengo instrucciones de deportarlo, no de detenerlo ni de enjuiciarlo. El gobierno mexicano sólo se quiere librar de usted, no lo queremos ni en nuestras cárceles. Por eso no le voy a preguntar si disparó o no contra los soldados en el tiroteo de las calles de Uruguay, ni qué tuvo usted que ver con el asalto a los cromistas de Tlalpan, ni quiero saber si usted atracó al pagador de la Guadalupeana en Atlixco. Como verá, lo prefiero inocente.

—Bueno, así la cosa, me paso al ejército de las blancas palomas... Supongo que tampoco tiene usted interés en saber que hace cuatro días, cuando me detuvieron en la ciudad de México, fui apaleado cinco horas por un coronel de la gendarmería y cuatro soldados... No, supongo que eso tampoco le interesa.

—¿Posee usted algún dinero?

—Creo que junto un par de pesos.

—No sirve.

—¿Para qué?

—Para pagar su pasaje.

—Ah, eso sí que no, si me van a deportar, pagan ustedes.

—Eso parece. —Sí, eso parece.

Cincuenta y dos

Y bien, parece que te vas, qué poco puedo ya estirar la historia en que nos hemos ido acompañando estas últimas noches. Nada es eterno, Sebastián, te digo a ti y le digo a la máquina de escribir, que acostumbrada a los monólogos, ya ni me contesta. Porque esta historia termina para mí en México, tú vas a seguirla más allá de las costas del Golfo y las palmeras de Veracruz. ¿Dónde? No tengo idea. Tus huellas están borradas. Los San Vicentes de la guía de teléfonos de Gijón no saben de ti. No hay huellas tuyas en los archivos de la CNT en Ámsterdam, ni registro de tu paso por la revolución del 34 asturiana. Tu nombre no aparece en los estadillos del ejército del norte en el archivo de Salamanca. No hay nada sobre ti en los archivos nacionales franceses, ni en los archivos nacionales de Washington, el FBI se olvida de ti a partir de 1922 según la computadora. No estás donde deberías estar. En la Biblioteca Nacional de la Habana, las colecciones de periódicos no devolvieron tu nombre cuando las consulté. ¿Dónde demonios te metiste? ¿Dónde te llevaste la revolución? Ésas son cosas que tú deberías decirme. A veces pienso que debiste haber dejado alguna huella en alguna conversación, en una carta, en un papel. ¿En dónde te metiste? ¿Con los wooblies en Chile? ¿En la revolución China a partir del 23?

¿Hong Kong, Cantón, Shanghai en el 27? ¿Alemania?

¿Hamburgo? ¿España?: ¿Madrid, Barcelona, Andalucía? ¿África? ¿Otras palmeras? ¿Argentina? Busco en la colección de *La Protesta*, que está en el archivo de Valadés, de 1925 a 1928. Es como buscar un punto suelto en un mapa lleno de movimiento. La imaginación podría poner los eslabones faltantes entre el Sebastián San Vicente que será deportado de México en julio de 1923 y el español amigo de Otto Braun (Li-teh) en la Gran Marcha China del 34.

Con un poco de ficción podría unirse al hombre que contempla el Golfo de México con el amigo español de Pomeroy en la rebelión Huk de Filipinas. Podría decirse que San Vicente era el colombiano Sánchez, que ayuda a Durruti a asaltar un banco en Buenos Aires. Pero los eslabones no resisten el estirón, se abren y dejan a un hombre en el muelle de Veracruz. Un hombre que se disuelve, que se hace humo en esa cosa que, por malos hábitos, llamamos historia y condenamos a formar parte del pasado.

Desde el muelle, instantes antes de desvanecerte, me dedicas una sonrisa burlona. Desde esta noche, escribiendo a máquina frente a la ventana, te devuelvo la sonrisa.

Cincuenta y tres

A 20 millas náuticas de la costa de Veracruz y a bordo del Alfonso XII, de las líneas trasatlánticas españolas, el hombre fue liberado de sus esposas y sacado del cuarto de banderas. Como el pasaje había sido pagado por el gobierno mexicano, se le concedió un camarote compartido en segunda clase junto con dos ciudadanos franceses que habían fracasado en la búsqueda de oro en el norte de México y regresaban a su tierra, y un tendero gachupín (español de origen familiar, pero nacido en Puebla) que iba a casarse a su pueblo (Cebreros, Ávila) aún no sabía con quién. El segundo oficial, tras instalarlo, y sin los rencores clasistas del capitán, le permitió subir a cubierta, y le recordó que sería nuevamente esposado en la escala de Nueva York, quedando libre en el primer puerto español que tocara el buque, esto es, La Coruña.

El segundo oficial decía estas cosas con cierto respeto, porque habían corrido rumores, los días anteriores al traslado del deportado, de que era un anarquista peligroso.

San Vicente escuchaba en silencio, como preocupado de otras cosas, como respondiendo preguntas en silencio que hacía mucho se había hecho.

Era un día notablemente despejado y la costa se percibía como una sombra en el horizonte. Así la vio, acodado en la

barandilla, sólo distraído por una niña vestida de blanco que jugaba con un gato.

Vio la costa, adivinó las palmeras y los amigos que se estaban quedando inmóviles mientras el barco huía de ellos.

Sintió un fuego que se quemaba en su interior. El fuego de los adioses irrepetibles, los adioses últimos, los del: nunca volveré, ya no nos veremos, será para siempre.

Pero los adioses, estos adioses irrevocables, eran un poco un hasta luego, porque cuando algo se pierde con tanta intensidad, no acaba de irse, permanece capturado para siempre como en el centro de un pisapapeles de cristal, en un eterno hasta luego.

Por eso Sebastián San Vicente se permitió una lágrima por el continente americano que se alejaba del barco aun sin quererlo.

Cincuenta y cuatro

Julio de 1924.

Circular. Grupo Tierra y Libertad.

A. Bruschetta, Puebla.

La presente para notificar mi cambio de domicilio a todos los compañeros, que de ahora en adelante será la ciudad de Zacatecas, calle Hidalgo número 125-ático. Y con la súplica de que me continúen haciendo llegar la propaganda de ideas y sindical a ésa, tal como lo venían haciendo aquí.

Por medio de esta circular pido se me hagan llegar noticias de Sebastián San Vicente, compañero que estuvo con nosotros y del que deben conservar recuerdos, pues yo tan sólo he recibido una foto desde La Coruña cuando desembarcó en ésa, y más tarde una postal desde Burdeos-Francia, donde supongo se encuentra. Queda vuestro por la anarquía.

A. B.

Cincuenta y cinco

Secretaría de Gobernación. Dirección de Asuntos Políticos. Subdirección de Información. Departamento de Análisis de Prensa.

Reporte 11908/2.

Hago notar la publicación de un artículo (se anexa) firmado por Paco Ignacio Taibo II, en el suplemento cultural de *Uno mas Uno*, titulado «Sebastián San Vicente, un hombre sin calle», con fecha 13 de abril de 1982 y dedicado a un anarquista español de acción directa que actuó en México en los años 1921-1923. Éste es el segundo artículo sobre violencia anarquista que el autor publica, habiendo escrito para el mismo medio uno sobre un tal Durruti que asaltó en la ciudad de México las oficinas de La Carolina en 1923 (ref. 11908/1).

Por el interés que pudiera tener.

(Manuscrito en lápiz: «Archívese» y tres letras ilegibles como firma)



PACO IGNACIO TAIBO II

Historiador y escritor es, entre otras muchas cosas, prófugo de tres escuelas superiores, participante del movimiento estudiantil del 68 y fundador del género neopolicíaco en América Latina, además de profesor universitario y fundador de diferentes publicaciones culturales. Autor de diecinueve novelas, tres libros de cuentos, libros de historia, varias antologías, libros de reportaje y crónica publicados en veintiún países, sus obras han sido mencionadas entre los "libros del año" en *The New York Times*, *Le Monde* o el *L. A. Times*. Ha recibido el Premio Nacional de Historia INAH (1986), el Premio Internacional de Novela Planeta-Joaquín Mortiz y tres veces el Premio Dashiell Hammet a la mejor novela policíaca, y fundó -y dirigió hasta 2012- el festival literario de la Semana Negra de Gijón. Entre sus obras de ensayo destacan *Ernesto Guevara*, también conocido como el Che o *Pancho Villa*. Una biografía narrativa.

La obra que tiene en sus manos, basada en documentos de

primera mano y cerca de 400 entrevistas tiene, para el autor, una especial significación personal, ya que sus abuelos y tíos abuelos fueron protagonistas de los hechos que se narran aquí, y su padre, Paco Ignacio Taibo I, vivió su primer exilio.